

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

louis g. milk

¿Es usted un marciano?

LOUIS G. MILK

¿Es usted un marciano?

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Alvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. 11.470-69

Printed In Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPITULO PRIMERO

El señor John Davies era un tipo escéptico, que no creía en los llamados platillos volantes.

—Son invenciones de los periodistas faltos de imaginación o visiones de gentes que merecerían estar en el manicomio.

Tal era su juicio contundente y de ahí no había quien le apease. Su esposa, no, desde luego; a la señora Davies, los platillos volantes la traían sin cuidado.

Todo ello venía a cuento de que, en los últimos meses, había habido una verdadera epidemia de noticias sobre platillos volantes. Por todas partes habían sido vistos; los periódicos, a veces, traían dos o tres columnas y aun páginas enteras, relatando supuestas visiones de las no menos supuestas astronaves extraterrestres, divisadas en todos los puntos del globo.

Los gobiernos empezaban a preocuparse y no digamos el público. Pero, afortunadamente, la fiebre remitió y las noticias se hicieron más espaciadas.

Algunos, por supuesto, relacionaban la «epidemia» de platillos volantes con la relativa cercanía del cuarto planeta, Marte, de donde la fantasía popular suponía salían las naves a las que sé había convenido en aplicar nombre tan poco científico. Marte, en aquellos momentos, se hallaba a sesenta y tantos millones de kilómetros y, por las noches, se veía brillar el planeta en el cielo, refulgente, rojo, amenazador.

Lo único cierto era que nadie había visto de cerca una de esas naves, ni mucho menos divisado o conversado con alguno de sus hipotéticos tripulantes. Que algo ocurría en el cielo, era cierto, pero nadie sabía de qué se trataba en concreto.

Y entonces fue cuando se produjo el suceso que vino a dar al traste con las sólidas convicciones del señor Davies.

El señor y la señora Davies tomaban aquella noche el fresco en el porche de su casita de campo, donde residían desde que él se había retirado del Servicio Civil británico. La noche era excelente y las estrellas brillaban en todo su esplendor.

La señora Davies se había sacado el televisor al exterior y contemplaba una nostálgica película de lanceros de Bengala en lucha con los hindúes de la Frontera del Noroeste. Para no molestar a los vecinos, captaba los sonidos por medio de un audífono unido por un cable al aparato.

El señor Davies fumaba su pipa, sin preocuparse poco ni mucho de las peripecias de los protagonistas de la película. Fue entonces cuando, al levantar la vista al cielo, divisó aquel punto rojizo que se movía en la oscuridad.

De momento, no hizo el menor comentario.

«Algún avión cohete nocturno», pensó.

El punto rojo se hizo más grande. Un debilísimo sonido llegó a oídos del señor Davies.

Casi en seguida, vio también chispas blancas. El ruido se hizo algo más intenso. Era el inconfundible frotamiento de un cuerpo sólido a gran velocidad contra la atmósfera de la tierra.

Unos segundos después, las luces rojas perdieron intensidad, en tanto que los relámpagos blancos aumentaban en potencia. El señor

Davies empezó a alarmarse.

El ruido era ahora mucho más fuerte. Ya resultaba fácil ver que aquel artefacto, fuese lo que fuese, descendía con aterradora velocidad.

—Nancy! —gritó el señor Davies, poniéndose en pie.

Su esposa le miró. Miró luego hacia arriba.

—¡Jesús! —exclamó.

—Ese cacharro va a caer muy cerca —dijo el señor Davies.

De repente, el aparato pareció refrenar un poco su veloz marcha. A pesar de todo, se movía muy rápidamente

El ruido se hizo insoportable. Ahora ya era posible ver toda una serie de relámpagos y chispazos que salían del aparato.

El señor Davies sintió de repente un pánico terrible. Le pareció que aquello que estaba sucediendo era como un castigo a su incredulidad.

—¡Corre, Nancy! —gritó, a la vez que agarraba a su esposa de la mano.

El aparato, aunque oblicuamente, descendía en línea recta hacia la casa. El señor y la señora Davies lo vieron aumentar de tamaño vertiginosamente, a la vez que se acrecían los ruidos y los fogonazos.

El estruendo era ensordecedor. Los dos esposos creyeron que aquello era el fin del mundo.

El instinto les hizo tenderse en tierra. Segundos después, el misterioso aparato llegaba al suelo con notable violencia.

Se oyó un enorme crujido. Arrastrado por la inercia, el artefacto recorrió un buen espacio, tronchando árboles, devastando jardines y rompiendo vallas y setos hasta que, al fin, con fragor inenarrable, chocó contra la casa de los Davies, convirtiéndola en un montón de escombros.

Pero el edificio sirvió de freno eficaz y el aparato, un auténtico platillo volante, se detuvo por completo. Todavía tumbado en tierra, el señor Davies levantó la cabeza y vio su casa hundida.

Su esposa se puso a llorar. Habían invertido en la casita y el jardín la mayoría de los ahorros de toda su vida y acababan de volatilizarse en un segundo.

El señor Davies, un tanto incongruentemente, se preguntó si habría alguna compañía de seguros extraterrestre que cubriese los daños recibidos. Luego se puso en pie.

El aparato era enorme. Medía casi veinte metros de diámetro por unos diez de grosor. Estaba inmóvil, brillante a trechos y en parte cubierto por una espesa capa de polvo y yeso, procedente del derrumbamiento de la casa. El señor Davies se preguntó si habría dentro algún tripulante.

—Tendremos que avisar a la policía, John —dijo su mujer con voz temblorosa.

El señor Davies asintió.

—Iremos a casa de los Burton —contestó.

Y en aquel momento, vieron que se abría una escotilla en uno de los costados del aparato.

Un chorro de luz salió al exterior, obstaculizando en parte por una silueta humana, cuyo rostro no era posible ver, dado que quedaba a contraluz. La señora Davies se sintió acometida por un pánico espantoso.

—Vamos, John, vamos —dijo, tirando del brazo de su marido.

Pero el señor Davies no quería irse. ¡Era el primer terrestre que iba a enfrentarse con un ser no nacido en el planeta!

—No temas —dijo—; sus intenciones parecen pacíficas.

—¿Vas a hablar con él, John?

—Claro, Nancy.

El señor Davies ya pensaba en los titulares de la prensa. Se haría famoso de la noche a la mañana.

Y rico. Las grandes revistas le pagarían montañas de dinero por la exclusiva de su relato. Pero, sobre todo, famoso.

Ya no se acordaba de su incredulidad respecto de los platillos volantes. ¿No estaba viendo uno con sus propios ojos?

Además, aquel artefacto tenia, por lo menos, un tripulante. Hablaría con él y…

Una duda le asaltó. ¿Podría entenderse con el extraterrestre? Los idiomas serían distintos, naturalmente. Y el señor Davies, como buen patriota británico, no hablaba más que inglés.

El extraño saltó al suelo. Avanzó hacia los dos esposos y se detuvo a unos pasos de ellos.

Ahora, los Davies ya podían ver que era humano como ellos, de unos cuarenta y cinco años de edad aparente, vestido con un mono de tejido plateado, sin insignias y sin armas, al menos a la vista. Era la prueba viviente, se dijo el señor Davies, de que había vida humana e inteligente en otros planetas del universo.

Entonces, el desconocido habló. Y, para pasmo de los dos esposos, lo hizo en un correctísimo inglés:

—Este planeta, ¿es la Tierra? —preguntó.

* * *

¡NOTICIAS DE LA EXPEDICIÓN GWOLL!

¡UN SUPERVIVIENTE DE LA EXPEDICIÓN GWOLL VUELVE A LA TIERRA!

¡DESPUÉS DE DIEZ AÑOS DE MISTERIO, SE CONOCE LA SUERTE CORRIDA POR LOS COMPONENTES DE LA EXPEDICIÓN DE GWOLL! ¡INCREÍBLE AUTOSALVAMENTO DEL CAPITÁN AWLDING,

SEGUNDO JEFE DE LA EXPEDICIÓN GWOLL!

¡DIEZ AÑOS DE PENALIDADES EN MARTE! ¡UNA HISTORIA FABULOSA, PERO AUTÉNTICA!

* * *

Los titulares de la prensa de todo el mundo eran por el estilo: grandes, escandalosos, llamativos... Había motivos, desde luego.

Robert Awlding, según se presumía, había permanecido solo en Marte durante diez largos años. Muerta la tripulación de la primera nave enviada al cuarto planeta, él había sido el único superviviente.

Awlding no había sido muy explícito hasta el momento. En sus parcas declaraciones, daba a entender, sin precisarlo del todo, que con tenaz esfuerzo, había conseguido construirse aquel aparato con los restos de la enorme astronave lanzada a Marte.

Se suponía también que Awlding había sobrevivido merced a las reservas de víveres de la nave y también gracias a cultivos de plantas marcianas ensayados por él mismo. Se le calificaba, con razón, de Robinson marciano.

Pero el capitán Awlding reservaba una sorpresa.

Una sorpresa que hizo tambalear al mundo.

Y lo llenó de horror e indignación.

* * *

Después de atendido y curado convenientemente, Robert Awlding fue citado a declarar ante la *Royal Comisión of Astronautic*.

Era el trámite indispensable, por supuesto, ya que Awlding era súbdito británico. Naturalmente, asistían observadores de la N.A.S.A. y de la Astronáutica soviética.

Awlding entró en la sala vestido correctamente. Su paso, sin embargo, era un poco torpe.

Los expertos juzgaban que le llevaría tiempo acostumbrarse de nuevo a la gravedad terrestre. Ahora, cada kilo del capitán pesaba mil gramos, mientras que en Marte ese peso era de sólo trescientos sesenta gramos.

El presidente del tribunal investigador le formuló algunas preguntas rutinarias acerca de su nombre, estado, edad, etcétera. Luego le dijo que hiciese un sucinto relato de sus aventuras en Marte.

—Perdón, señor —dijo el capitán Awlding—. No estoy aquí para hacer ningún relato, sino con una misión muy diferente.

Hubo un movimiento de sorpresa entre los miembros del tribunal, y también entre el público que asistía a la encuesta.

—¿Quiere explicarse, capitán? —rogó el presidente.

—Con mucho gusto, señor. En primer lugar, debo decir que no soy súbdito británico.

El presidente sonrió.

—El declarante dirá dónde perdió su nacionalidad. ¿Cambió de pasaporte en Marte?

—Sí, señor. Yo ya no soy británico, sino marciano. Y vengo en nombre de mi gobierno para intimar a los diferentes gobiernos de la Tierra a que dejen de enviar expediciones a Marte o, de lo contrario, se tomarán represalias contra este planeta.

El presidente del tribunal investigador, y lo menos cien personas más, se quedaron con la boca abierta.

En medio de un silencio absoluto, Awlding declaró:

—Esas represalias consistirán en el establecimiento del estado de guerra entre Marte y la Tierra, con las desastrosas consecuencias que son de prever para este último planeta.

Cinco minutos más tarde, el capitán Awlding, rodeado de cuatro fornidos enfermeros, partía raudamente para el manicomio más cercano.

CAPITULO II

«—...Es evidente que... la larga permanencia en solitario durante tanto tiempo en Marte ha afectado las facultades mentales del capitán Awlding, haciéndole concebir fantasías inexistentes...»

Mark Herris cerró el receptor de televisión, hastiado.

Sobre la mesa tenía varios diarios. Todos decían lo mismo.

Awlding estaba loco. ¿Cómo iba a declarar Marte la guerra a la Tierra, si ya estaba habitado?

La nave en que había viajado Awlding, no cabía la menor duda, había sido fabricada con los restos de la que le había llevado al planeta. Era una obra estupenda, un poco tosca, si se quería, pero apta para el viaje.

Nadie sabía, sin embargo, por qué Awlding la había construido en forma de platillo volante. Los mejores especialistas estaban interrogando al Robinson marciano, sin conseguir resultados apreciables.

Awlding persistía en sus primeras declaraciones.

Las expediciones astronáuticas terrestres debían cesar.

Marte no quería contactos con la Tierra. Era prematuro.

—Está como una cabra —dijo Mark Herris.

Marcianos en Marte. ¡Qué barbaridad!

Claro que había marcianos. Unos sesenta u ochenta y viviendo en unas condiciones sumamente precarias. Pero todos habían nacido en la Tierra.

Marcianos, los que se dice marcianos auténticos, no los había. No podía haberlos, pensaba Mark.

—Pobre chico —se compadeció del demente.

Lo raro era que las sucesivas expediciones no hubiesen encontrado rastro de la de Gwoll, la primera partida hacia el cuarto planeta. Claro que bien pensado, Marte era muy grande. Y puesto que se daba por perdida la expedición Gwoll, las siguientes no habían hecho demasiado por encontrar sus rastros.

Se consideraba imposible que hubiese sobrevivido uno de sus componentes. Por tanto, era preciso esperar años a que la vida en Marte estuviese mejor organizada y que se pudiese emplear algo de tiempo, así como más aparatos y esfuerzos humanos, en encontrar los rastros de la expedición Gwoll.

Ese era el pensamiento oficial y lo había sido hasta que se produjo el trueno gordo: la aparición del capitán Awlding.

Y ahora que Awlding había aparecido, volvía tan loco como una cabra.

—Pobre hombre —se compadeció Mark Herris.

En aquel momento, sonó el ding-dong de la puerta.

Herris se puso en pie. Era un hombre joven, unos treinta y cuatro años, de buena planta, cabellos castaños y ojos oscuros. No tenía que esforzarse para que las mujeres volvieran la cabeza a su paso.

Abrió la puerta. Una hermosa joven le miró desde el umbral.

—¿Hablo con Mark Herris? —preguntó con voz bien modulada.

—En efecto, señora...

—Señorita —corrigió ella—. Melba Layn, señor Herris.

El dueño de la casa se echó a un lado.

—Entre, señorita Layn —invitó. ¿A qué diablos venía a verle aquella despampanante belleza?

Melba parecía contar unos veinticinco años. Era alta, de formas majestuosas pero esbelta al mismo tiempo. Tenía el cabello de un color dorado oscuro, sedoso y muy brillante, y sus pupilas emitían irnos reflejos que, según la luz, parecían verdosos o azulados.

Llevaba en la mano un bolso de piel de regular tamaño. Su vestimenta consistía en un sencillo vestido de color crema, cerrado de cuello, sin mangas y con la falda a veinte centímetros de las rodillas.

«Alguna periodista principiante, seguro», pensó Herris.

Señaló una cómoda butaca.

—Siéntese, señorita —indicó—. Le prepararé algo de beber

mientras…

Melba alzó la mano.

—Muchas gracias, capitán —rechazó cortésmente.

—Me da un título que ya no me pertenece —dijo él—. ¿Fuma?

Melba rechazó también el cigarrillo.

—Pero lo ha sido —dijo.

—Sí. —Herris sonrió melancólicamente—. Me parece que eso ocurrió hace un millón de años.

—Sólo dos, capitán. ¿Por qué rechazó usted el mando de la nave que iba a conducir a Marte la tercera expedición?

—Escrúpulos morales, supongo yo, señorita.

—¿De veras? ¿No hubo otros motivos en el fondo?

—Si se refiere a cobardía, le diré que no.

—¿Entonces…?

—Consideré el viaje inseguro.

—Pero ya se habían hecho tres más, cuatro, si contamos la expedición Gwoll.

—Tenía, y sigo teniendo, mis motivos. Permítame que me lo reserve, señorita Layn. Y ahora, permítame también que le interrogue por los de su visita. ¿Es usted periodista?

—No. Mi visita no obedece a motivos de interés periodístico.

Herris contempló un instante a la joven.

Melba parecía seria, ponderada. Él, dos años antes, había tenido cierta efímera celebridad.

Pero aquella había pasado ya. Sin embargo, cabía la posibilidad de que Melba buscase una aventura, atraída, aunque tardíamente, por aquella fama momentánea.

—Bien, usted dirá, en tal caso —habló de nuevo.

—Capitán, hace dos años rechazó el viaje a Marte —dijo Melba, muy seria—. Se basaba para ello en cierta inseguridad de la nave que se iba a utilizar. Luego se vio que no existían esos motivos de alarma.

—Sí.

—Y, en consecuencia, se le pidió que dimitiese.

—Exacto.

—Bien, ahora le diré yo una cosa: ¿quiere venir a Marte, en una nave total y absolutamente segura y, además, en una quinta parte del tiempo que se emplea actualmente?

* * *

Mark Herris se levantó, destapó una botella, puso dos dedos de licor en una copa y se la bebió de un trago.

Luego miró a la joven.

Melba sonreía.

—No estoy loca, capitán —dijo.

—¿Me permite ser franco? —preguntó él.

—Se lo ruego…

—Entonces, si no está loca, lo parece.

Melba no se inmutó.

—Hablo en serio —dijo.

—No lo dudo, pero no la creo.

—Piensa que lo que estoy diciendo es… una fantasía, como la historia que ha relatado el capitán Awlding?

—¿Podría pensar de otra manera?

—Usted, como los demás, están influidos por prejuicios de los cuales no saben desprenderse. Awlding ha dicho la verdad.

—Por favor, señorita Layn…

Melba se puso en pie.

—Ya veo que no me cree —dijo, sonriendo ligeramente—. Pero no desisto de llevarle conmigo a Marte.

Abrió el bolso y extrajo una tarjeta de visita, que dejó sobre una mesa cercana.

—Vaya a verme, capitán. Estaré esperándole.

Y se dirigió hacia la puerta.

Con la mano en el pomo, se volvió y miró al dueño de la casa.

—En Marte hay marcianos —aseguró seriamente.

—Sí, setenta u ochenta…

—Marcianos nacidos en Marte. Pero los terrestres no han entablado contacto con ellos todavía. Quizá algún día llegue ese momento, pero por ahora, resulta prematuro hablar de esas relaciones. Gracias por haberme recibido, de todas formas.

Y con una inclinación de cabeza, Melba se despidió del asombrado Mark Herris, antes de que éste tuviese tiempo de reaccionar.

* * *

—Marcianos indígenas en Marte. ¡Qué barbaridad! De cuando en cuando, Herris detenía sus paseos y miraba la blanca tarjeta de visita. Ya conocía de memoria los datos impresos en ella.

¿Quién era Melba Layn? ¿Por qué había venido a verle a él… precisamente?

De repente, se le ocurrió una idea.

Herris tenía un amigo policía. Se puso en contacto telefónico con él.

—Escucha, Philip, quiero que me hagas un favor.

—Si está en mis manos…

—Está. Se trata de una chica llamada Melba Layn. Anota ese nombre, Philip.

—Anotado, Mark. ¿Qué más?

—Quiero que averigües si se ha escapado de algún manicomio. La policía es avisada cuando sucede una de esas cosas, ¿verdad?

—Regularmente, así sucede. ¿Qué te pasa con ella?

—Nada, nada, Philip. Sólo quiero saber eso que te digo. ¿Lo harás?

—Si tanto interés tienes...

—Lo tengo. Llámame en cuanto sepas algo, Philip. Gracias por adelantado.

Y colgó el teléfono para, inmediatamente, servirse otros dos dedos de buen escocés.

—Marcianos en Marte —bufó.

* * *

El teléfono sonó de pronto. Al oír el timbre, Herris se levantó de un salto.

—¿Philip?

—Sí, yo mismo.

—Dame noticias de la chica, pronto.

—Son buenas, Mark. Melba Layn está más sana que una pera.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy sencillo, porque no se ha escapado de ningún manicomio. Además, te diré otra cosa.

—¿Interesante?

—Por supuesto. Es sobrina del profesor Laban Gwoll.

—¡Rayos!

El policía se echó a reír.

—Así, como suena, Mark. Ahora, Melba Layn vive sola, con una sirvienta para los trabajos corrientes de la casa, en...

—No sigas, tengo su tarjeta. Gracias por todo, Philip.

—De nada. Ya sabes, los amigos estamos para ayudar en lo que se pueda.

Conque sobrina del profesor Gwoll, se dijo Herris después de colgar el teléfono.

Eso explicaba algunas cosas, pero no todas, ni mucho menos.

Entre las que Herris no lograba entender, figuraba el medio que Melba emplearía para el viaje a Marte, suponiendo que ello fuera posible.

—Si fuera vieja y fea, diría que usaría una buena escoba. Aunque también hay brujas jóvenes y bonitas, claro.

Era sólo un comentario metafórico. Y Herris no tuvo tiempo de seguir pensando, porque en aquel momento llamaron a la puerta.

CAPITULO III

Esta vez era un hombre. Herris ocultó valientemente su decepción tras una sonrisa de rutina.

—¿Hablo con el capitán Herris? —preguntó el visitante.

—Sólo Mark Herris —dijo el dueño de la casa—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Liggton, Francis Liggton. ¿Puedo hablar con usted un momento, capitán?

Herris hizo un gesto de resignación.

—Entre —accedió.

Liggton cruzó el umbral. Era un sujeto de unos cuarenta y tantos años, bien conservado, moreno y de regular estatura. Se quitó el sombrero, un anticuado hongo gris perla y ocupó el sillón que le indicó el habitante del departamento.

—¿Quiere algo de beber? —invitó Herris.

—No, gracias. Tampoco fumo.

—Yo hago las dos cosas —sonrió Herris—. Adelante, señor Liggton, le escucho.

—Ayer por la tarde recibió usted una visita —dijo Liggton.

—Sí.

—Ella se llamaba Melba Layn.

—En efecto.

—¿Puede decirme lo tratado en el curso de esa visita, señor Herris?

Hubo un corto espacio de silencio.

—No —contestó Herris al cabo.

Liggton sonrió.

—Es lo mismo. Ya me imagino fácilmente qué le dijo Melba.

—¿De veras?

—Le invitó a un viaje a Marte, capitán.

—No sé de que me está hablando, señor Liggton.

—Y usted la tachó de loca.

—Señor Liggton...

El visitante levantó una mano.

—Pero acabará convenciéndose de que no está loca. Señor Herris, no haga ese viaje a Marte.

Herris se indignó.

—¿Han tomado ustedes mi casa por campo de esparcimiento en sus intervalos de aburrimiento? —barbotó.

—Nada de eso —contestó Liggton, muy serio—. Solamente quiero evitarle un grave daño, capitán. No vaya a Marte... ni vuelva a ver a

Melba.

—Señor Liggton, temo que ha empleado usted una táctica equivocada —dijo Herris.

—¿Cómo?

—A los obstinados, cuando se les quiere conducir al Norte, se les empuja hacia el, Sur.

—Un símil muy acertado. Significa que volverá a ver a Melba Layn.

—Estoy ardiendo en deseos de hacerlo.

Liggton se incorporó.

—Entonces, aténgase a las consecuencias. —Inclinó la cabeza ligeramente—. Buenos días, capitán.

—Han dado ya las doce —puntualizó Herris con ironía—. Buenas tardes.

—Un detalle sin importancia. Adiós.

* * *

El asunto se complicaba.

—Y el que terminará loco de veras seré yo —gruñó Herris, paseándose como un león enjaulado por el salón de su departamento.

De pronto, se decidió. Iría a ver a Melba.

¿Qué había de verdad en el fondo de aquel endiablado asunto?

Se cambió con rapidez, poniéndose ropas adecuadas para la entrevista. Luego se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Un hombre le cerró el paso.

—No se puede salir —dijo en tono poco amable.

Herris miró al sujeto un momento. En el lado izquierdo, bajo su chaqueta, se advertía un grueso bulto.

«Está armado», pensó.

Cerró de un portazo. Corrió al teléfono y levantó el auricular.

No había línea. Tiró del cable y lo vio cortado.

—Ha sido Liggton —masculló.

El visitante lo había cortado sin que él lo advirtiera. Muy hábil, indudablemente.

Por tanto, pensaban tenerle encerrado en su propia casa… ¿hasta cuándo?

Pero él quería salir. Tenía que hacer algo.

Decidió hacer una prueba. Abrió de nuevo la puerta y señaló con la mano el interior del piso.

—Su jefe le llama —dijo.

El vigilante no picó en el anzuelo.

—El teléfono está cortado —respondió escuetamente.

Sonó el segundo portazo. Herris bramaba de ira.

Pero la indignación no le serviría de nada. De repente, decidió

probar otro sistema.

—Si no puedo salir por las buenas, saldré por las malas.

Se fue a la cocina y buscó en el armario de la limpieza. Una mujer venía todos los días a arreglarle el piso.

Pronto encontró el arma que le permitiría salir de la casa. Era un grueso cilindro, de casi diez centímetros de ancho por irnos treinta y cinco de largo.

Con él en la mano, volvió por tercera vez a la puerta. Abrió, levantó la mano derecha y, esta vez, sin más palabras, arrojó al rostro del visitante un prolongado chorro de espuma seca para la limpieza de tapicerías.

La cara del guardián quedó inundada en el acto por aquella masa blanca que no sólo le impedía ver, sino también, casi respirar. El hombre manoteó, emitió unos inarticulados gorgoteos y se esforzó por sacar la pistola.

Herris continuó manteniendo la presión sobre el pulverizador, del que salían nubes de espuma. Luego, agarró el artefacto y golpeó la cabeza del guardián.

El hombre se tambaleó, cegado por completo. Herris tiró de él y lo lanzó al centro de la habitación.

A pesar de todo, el guardián intentaba reaccionar. Herris le asestó un tremendo golpe en la nuca y lo dejó sin sentido.

Se inclinó sobre él y le quitó la pistola. Luego le limpio un poco la cara, para evitar que se asfixiase.

Acto seguido, se dirigió hacia la puerta, silbando alegremente.

—Melba se llevará la gran sorpresa cuando me vea —dijo.

* * *

Entre unas cosas y otras, se le había hecho ya tarde y era de noche cuando detuvo su automóvil en las inmediaciones de la residencia de Melba Layn.

Asombrado, Herris vio una gran casa en la ladera de una colina, rodeada de un frondoso parque. Ello indicaba una cosa: Melba era mujer de grandes posibles económicos.

¿Lo había sido su tío, el profesor Gwoll?

Se acercó a la verja que permitía el acceso a través de la elevada tapia que rodeaba la posesión. Un amplio sendero de fina gravilla conducía, con amplias curvas, a la explanada situada frente a la casa.

En aquel momento, Herris vio encenderse las luces de un automóvil. Era indudable que alguien se disponía a salir de la casa.

Esperó. Tal vez fuese Melba la ocupante del vehículo. En todo caso, no merecía la pena llamar.

Momentos después, el coche se detenía frente a la verja. Un hombre

se apeó para abrir.

El individuo le vio a la luz de los faros y se paró.

—¿Qué quiere usted? —preguntó de mal talante.

—He venido para hablar con la señorita Layn —contestó Herris.

—No está. Se ha ido. Lárguese.

A Herris le supo mal el tono descortés del sujeto. De repente, sonó un grito femenino:

—¡ Capitán, sálvem...!

El grito fue cortado bruscamente, Herris supuso que por una mano que había tapado la boca de la muchacha. Inmediatamente, se dispuso a actuar.

Delante de él, apareció una pistola. Herris pegó una patada a la verja e hizo girar una de sus dos mitades. La verja golpeó la mano armada y la pistola saltó por los aires, mientras su dueño caía de espaldas.

Herris se precipitó al interior del parque. En el mismo momento, otro sujeto saltaba del coche.

También iba armado. Pero Herris ya tenía en la mano la pistola capturada a su guardián.

Disparó. La bala alcanzó al individuo en el hombro y lo tiró por tierra, aullando de dolor.

—¡Melba! —gritó Herris.

Estoy aquí, atada —contestó ella.

Herris oyó un ruido tras él. Se volvió.

El primer individuo quería ponerse en pie. Le amenazó con la pistola.

—¡Quieto o disparo!

El hombre se paralizó instantáneamente. Herris se vio entonces en un conflicto.

Si mantenía a los dos sujetos a raya, no podía desatar a Melba. Y si lo hacía podía ser atacado al descuidar la vigilancia.

Pero no tardó en hallar la solución.

—Usted, levántese y desate a la señorita Layn.

Apuntó con la pistola a la cabeza del herido, que seguía quejándose sordamente.

—Y no trate de engañarme, o le saltaré la tapa de los sesos a su amigo.

El herido hizo un esfuerzo y dijo:

—Anda, suéltala... Este tipo es capaz de hacer lo que dice.

—De eso puede estar seguro —rió Herris.

Momentos después, Melba aparecía fuera del coche, con las manos y los tobillos libres. Estaba despeinada, pero no parecía haber sufrido mayores daños.

—¿Qué hacemos con estos rufianes? —preguntó Herris.

—Que se vayan —decretó ella—. De nada nos serviría llamar a la policía.

Herris entendió que Melba no quería comprometerse más ni entrar en explicaciones que tal vez no estaba en condiciones de dar. Esperó irnos momentos, hasta que el pistolero sano hubo ayudado a su compañero herido a entrar en el coche.

Momentos después, se habían quedado solos. Entonces, dirigió una cálida sonrisa a la muchacha.

—Parece que he llegado a tiempo —observó.

—No lo sabe usted bien —contestó Melba, atusándose la revuelta cabellera—. Pero creo que hablaremos mejor en casa. Acompáñeme, capitán.

—Con mucho gusto, señorita Layn.

* * *

La decoración de la casa era audaz y sencilla al mismo tiempo. Los muebles parecían suspendidos en el aire. Los sillones carecían de patas.

Herris pensó que tales patas debían de ser de vidrio, con un bajísimo grado de refracción, lo que las hacía prácticamente invisibles. Melba le pidió permiso un momento para arreglarse un poco.

—Sírvase de beber usted mismo —dijo, mientras se retiraban hacia las habitaciones interiores.

Herris vio un aparador con botellas y se sirvió la dosis acostumbrada: dos dedos, pero ahora de jerez. Con la copa en la mano, paseó la vista en derredor.

—Me gusta —comentó a media voz.

Una de las paredes de la casa era totalmente transparente. A través de ella podía ver la gran piscina de la casa, iluminada por luces de colores sumergidas.

Se sentó en un sillón. Para su asombro, el asiento cedió blandamente un par de veces, como si estuviese situado sobre unos muelles.

Herris pasó la mano por debajo del mueble. Se quedó helado.

¡El sillón no tenía patas!

Se levantó de un salto. ¿Estaba sostenido por hilos invisibles?

Tampoco. No había hilos que sustentaran el sillón desde el techo ni estaba sustentado por patas flexibles.

Melba le sorprendió cuando estaba inclinado, mirando por debajo del sillón.

—¿Qué es lo que busca, capitán? —preguntó.

Herris se incorporó.

—Tengo un amigo que es diseñador de interiores —respondió—. Le

gustaría conocer al constructor de estos sillones. Se sostienen en el aire.

—Sí —contestó ella sin conceder importancia a la cosa—, así es. En lugar de patas, tienen un mecanismo anulador del campo gravitatorio. Pero, por favor, sírvame una copa, ¿quiere?

CAPÍTULO IV

Dominando difícilmente el asombro que sentía, Herris llenó una copa y se la entregó a la joven. Melba se había sentado indolentemente en un diván que tampoco tenías patas. Se había arreglado el pelo y cambiado de vestido, estropeado el anterior a consecuencia de los forcejeos con sus secuestradores.

—Se siente estupefacto —sonrió ella.

—Lo admito —dijo Herris sin rodeos.

—Usted ha sido capitán de astronave. No debiera sentirse asombrado por una minucia semejante.

—¿Minucia? Oiga, yo he oído hablar de la anulación de campos gravitatorios, pero siempre se consideró una utopía. Es la primera vez que veo una aplicación práctica.

—Todavía tiene que ver más cosas, si desea ir a Marte —dijo Melba.

—Yo no dije nunca que quisiera ir a Marte. Fue usted quien me lo propuso.

—Será mejor que nos dejemos de sutilezas, capitán. ¿Quiere venir o no?

—Antes de nada, señorita Layn, dígame, ¿qué interés tiene usted en ir allí?

Melba contempló su copa durante unos instantes.

—¿No le gustaría conocer a los marcianos auténticos, capitán?

—¿Son como usted?

—Si. Por favor, nada de figuras fantásticas: caras con tres ojos, cabellos tentaculares y brazos de tres codos. Seres normales, como usted y como yo.

—En lo que a mi se refiere, admito que soy normal. Usted es «fuera de serie». Si hay marcianas jóvenes, ninguna tan hermosa como usted —dijo Herris de buen humor.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Dejémonos de bromas, capitán. ¿Qué sabe usted de la expedición

Gwoll?

—Lo que todo el mundo. Fue la primera que llegó a Marte, pero a las pocas semanas, se perdió el contacto. Se supuso que sus miembros habían muerto, aunque, en las pocas comunicaciones con la Tierra, nunca mencionaron la existencia de habitantes en Marte.

Melba hizo un signo aprobatorio con la cabeza.

—Siga, capitán —invitó.

—Bien, cuando dejaron de comunicar, lógicamente se supuso que habían muerto, aunque nadie adivinó las causas. Todo tuvo que hacerse a base de conjeturas y suposiciones. Y ello, además, retrasó las siguientes expediciones que, por otra parte, no encontraron el menor rastro de la astronave del profesor Gwoll.

—Hasta ahora, todo es correcto —admitió la joven—. ¿Qué más?

—Bueno, Marte es muy grande y no se pueden dedicar por ahora demasiados esfuerzos a la exploración, sino más bien a la instalación y acomodo de colonias terrestres. Tal vez por eso, y porque había pasado ya demasiado tiempo, además de porque Marte es más grande de lo que parece, no se han hecho demasiados esfuerzos para encontrar a Gwoll y a sus acompañantes.

—Hasta ahí, todo es correcto —dijo Melba—. Pero, ¿qué me dice del capitán Awlding?

—Sobrevivió. Un tipo inteligente y tenaz. Desguazó la nave y con ella se construyó la que trajo hasta aquí.

Melba se reclinó un poco más en el diván. Miró fijamente a su huésped y dijo:

—A nadie se le ha ocurrido preguntarse cómo ha podido sobrevivir durante el viaje. Ha tenido que alimentarse, beber agua, respirar... Y, ¿de dónde ha sacado el combustible para la propulsión de su nave?

—Usó uno de los reactores pequeños de la nave primitiva —dijo Herris.

—Capitán, Awlding estaba solo. ¿Cree que un hombre solo, por fuerte e inteligente que sea, puede hacer por sí una cosa semejante?

—Tuvo diez años de tiempo.

—¿Y también herramientas adecuadas?

—En la nave grande había todo lo necesario para sobrevivir en Marte durante seis meses más, aparte de los cuatro o cinco del viaje de vuelta.

—Y él estuvo allí diez años.

Herris encendió un cigarrillo.

—Usted está tratando de decirme que le ayudaron —expresó, después de la primera bocanada de humo.

—Sí.

—¿Quiénes?

—Los marcianos, naturalmente.

Melba se puso en pie y quedó frente a él, erguida, majestuosa, con las manos a la espalda. Su pecho palpitaba con suaves movimientos de ascenso y descenso y sus hermosos ojos contemplaban a Herris con hipnótica fijeza.

—Awlding manifestó que era ya un marciano, que había perdido la nacionalidad británica —dijo Herris rompiendo el silencio.

—Fue un acto voluntario por su parte. Sólo debe explicaciones a su conciencia.

—Así opino yo, pero, suponiendo que diga la verdad, ¿por qué vino él y no un marciano auténtico?

—Creo que quienes le enviaron pensaron que aquí se daría más crédito a un nativo del planeta que no a un extranjero.

—Y le encerraron en un manicomio más que aprisa—sonrió Herris.

—Sí, pero*, sotto voce*, continúan los interrogatorios y los exámenes de la nave que usó para el regreso. ¿Lo sabía usted?

—No. ¿Es cierto?

—Desde luego.

Herris fumó pensativamente durante unos momentos.

—Bien —dijo al cabo —, parece ser que, en efecto, hay marcianos en Marte. Si damos crédito a sus palabras, usted es una prueba viviente de ello. Pero siempre ha vivido aquí... es sobrina de Laban Gwoll.

—¿Podría usted asegurar que Gwoll fue terrestre?

De nuevo volvió el silencio.

Herris empezaba a creer muchas cosas ya. Miró a Melba. Ella no ofrecía el menor signo de insania. Completamente seria, ofrecía el aspecto de una persona que decía la verdad en todas y cada una de sus palabras.

—¿Quiere que le confirme mi origen marciano? —preguntó ella.

—Me agradaría, en efecto —contestó Herris.

—Entonces, sígame, tenga la bondad.

* * *

Melba abandonó la sala y Herris caminó tras ella, observando complacidamente la esbeltez de su figura y la gracia de sus movimientos. El vestido que se había puesto, si bien de corte semejante al anterior, era de un tejido plateado de suave brillo, que confería un singular atractivo a su silueta.

Ella le condujo hasta la cocina de la casa, en donde Herris divisó un monumental frigorífico de más de dos metros de altura. Melba abrió la puerta y dejó ver el interior, repleto de alimentos.

Acto seguido, presionó un botón. El cuerpo interior del frigorífico se deslizó silenciosamente hacia adelante, dejando ver un hueco que

se iluminó casi en el acto, con gran estupefacción del visitante.

Melba pasó al otro lado. Movió la mano y Herris la siguió.

El cuerpo interior del frigorífico volvió a su posición normal. ¿Quién, se dijo Herris, ignorante de aquella disposición, habría creído que el refrigerador ocultaba una entrada secreta?

El suelo se hundió bruscamente bajo sus pies. Herris contuvo el aliento instintivamente.

Por la velocidad del ascensor y el tiempo empleado en el viaje, calculó que habían recorrido unos cincuenta metros cuando, al fin, la plataforma se detuvo. Entonces contempló un increíble espectáculo.

Melba le miró con la sonrisa en los labios.

—¿Qué le parece, capitán? —preguntó.

Herris se frotó los ojos.

—Estoy soñando —dijo.

—Si tuviese más confianza con usted, le pellizcaría, para que se convenciera de que está despierto.

—Le autorizo a que lo haga, señorita Layn. Pellízqueme, se lo ruego.

Melba se echó a reír. Su risa era clara, fresca; sin estridencias.

—No sueña, capitán —dijo jovialmente—, ¿Qué le parece?

—¿Funciona?

—A la perfección. Puede hacer el viaje a Marte en una quinta parte del tiempo que emplean las astronaves terrestres, las cuales, como usted sabe, vuelan a una media de dos millones de kilómetros diarios.

—Estoy temblando —confesó él—. ¿Eso... se desplaza a la velocidad de diez millones de kilómetros por día?

—Y más, si se necesitase —aseguró ella —, pero considero que la velocidad mencionada es más que suficiente.

Herris tenía los ojos clavados en aquel enorme artefacto, pulido, brillante, inmóvil bajo la bóveda situada bajo el edificio, de las dimensiones adecuadas para contenerlo holgadamente.

—¿Quién lo construyó? —preguntó—. ¿Usted?

—Mi tío hizo la mayor parte. Yo lo he completado a lo largo de estos años.

—¿Funcionará? —preguntó él dubitativamente.

—Funciona.

—¿Lo ha probado?

—Sí.

Herris se pasó una mano por la cara.

—No sé... pero, me da la sensación de que su tío está vivo todavía. Este, aparato es casi idéntico al que trajo Awlding. Lo sé, porque he visto fotografías...

—Sí —dijo Melba escuetamente.

El joven se volvió hacia ella.

—Y ahora quiere ir a Marte y encontrar a su tío.

—No sólo eso, capitán —contestó Melba sosegadamente—. Quiero ir allá para contrarrestar ciertas acciones de las cuales Awlding fue portavoz.

CAPÍTULO V

Los ojos de Francis Liggton despidieron chispas de cólera cuando vio venir a los dos hombres solos, uno de ellos herido, además.

—¿Qué ha pasado? —rugió—. ¿Por qué no viene Melba con vosotros?

El herido se desplomó en un sillón.

—Será mejor que me cures la herida—rezongó—. Tengo el hombro derecho hecho cisco.

—La teníamos en el auto —añadió el otro—. Bien atada, desde luego.

—¿Y…?

—Intervino un tipo y la rescató, después de herir a Kax.

—Quítale ropa—dijo Liggton al cabo.

Abandonó la estancia y se fue al baño, de donde volvió a poco con un rollo de algodón y un tubo en la mano. Limpió los orificios de la bala y luego aplicó sobre éstos una gruesa capa de sustancia semitransparente, que cortó la hemorragia en el acto y alivió los dolores que sentía el herido.

Kax se sintió mucho mejor al terminar la cura.

—Esta celulina es algo maravilloso —dijo complacido.

—Debiera haber dejado que te desangrases —gruñó Liggton—. Bueno, ¿qué ha pasado?

—¿Qué más diablos quieres saber? —exclamó el otro—. El tipo me desarmó a mí y luego pegó un tiro a Kax.

—Yo caí al suelo —habló el herido—. Entonces, aquel sujeto me puso la pistola en la cabeza y me amenazó con volarme los seso, si Zett no desataba a la chica.

—Naturalmente, tuve que obedecer. Aquel fulano estaba dispuesto a cumplir lo que prometía —dijo Zett.

—¿Sabéis quién era? —preguntó Liggton.

—No, pero ella le llamó capitán —respondió Kax.

—¡Herris!

El rostro de Liggton se contrajo por el furor.

—No podía ser otro —añadió—. Ordené a Malm que lo vigilase y que no le permitiese salir de su casa.

—Pues sí que cumplió bien tus órdenes —rezongó Zett—. El tipo debió de escapársele con la mayor facilidad del mundo.

—Herris le arrojó a la cara una sustancia que lo cegó. Luego le golpeó y lo dejó sin conocimiento. De este modo pudo salir.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Zett.

—Ha vuelto allí. Herris tiene que regresar. Esta vez, Malm no fallará.

—Si fuese verdad —dudó Kax.

—Lo conseguirá —afirmó Liggton rotundamente—, Y después nos encargaremos de la chica.

—Y de la nave.

—Pero no sabemos dónde está.

—La obligaremos a que nos lo diga. Entonces...

Llamaron a la puerta. Los tres hombres se miraron en silencio.

—Prepararé el paralizador —murmuró Zett, poniéndose en pie.

La llamada se repitió. Kax desapareció en la habitación contigua.

—Abre —murmuró Liggton.

Zett obedeció en el acto. Una figura humana se recortó en el umbral de la puerta.

Los ojos de Liggton se dilataron al reconocer a su visitante.

—¡Capitán Awlding! —exclamó.

* * *

Mark Herris rozó con los dedos la pulida superficie del tablero de mandos de la astronave. Todavía creía seguir soñando, a pesar de que ya tenia la seguridad de hallarse despierto.

El interior de la nave era fantástico. Acomodado a seres humanos, desde luego, pero enteramente distinto a cuanto conocía él hasta el momento.

Todo era absolutamente funcional. Nada sobraba ni nada faltaba. Por supuesto, no entendía los instrumentos, de una construcción totalmente distinta a los que él conocía. No obstante, el funcionamiento de la nave le pareció sencillísimo.

Los sillones eran amplios, cómodos. La cabina era espaciosa, enorme; los movimientos, se dijo, resultarían fáciles. Podría ir y venir con tanta facilidad como por el salón de su casa.

—Y la ha construido usted —dijo, después de un rato de silencio.

Melba, situada a su lado, sonrió.

—Solamente rematé algunos detalles que faltaban por concluir —contestó.

—Pero, en ese caso, ¿por qué no la empleó su tío?

—¿No le parece que en Marte existía cierto interés por conocer el estado de la astronáutica terrestre?

—Comprendo —murmuró Herris—. Oiga, hace diez años que se marchó su tío. Usted debía de ser una niña entonces...

—Acababa de cumplir los catorce años. Pero no estuve sola; tuve compañía.

—¿Quién?

—Mi padres. Permanecieron en la Tierra cinco años.

—No acabo de entenderlo...

—Yo vine aquí con mi tío cuando sólo tenía seis años. En Marte interesaba conocer el proceso de crecimiento de un marciano en la Tierra.

—¿Siguen sus padres aquí?

—Ya le he dicho que estuvieron conmigo cinco años. Luego se volvieron a... a su casa, claro.

—Creo que me volveré loco —dijo él, terriblemente desconcertado —. Y usted se quedó sola.

—Sí.

—Pero, ¿por qué no se volvió antes?

—Capitán, usted sabe que el proceso de crecimiento total de una persona no se detiene sino hasta los veinticuatro o veinticinco años. Aunque lo parezca a los veinte, aún no está totalmente formada.

—Entiendo. Y para usted ha llegado ya la hora de volver.

—Sí. Por eso le busqué a usted.

Herris se volvió hacia Melba.

—¿No podía volar sola hasta Marte?

—Teóricamente, sí, pero he estimado mejor que me acompañe un experto. En... bueno, allí están conformes con la idea.

—¿Es que se comunica usted con ellos?

—Pues claro —sonrió la joven.

—Estoy aturdido —dijo Herris débilmente—. Todo esto es demasiado para mí...

—Le comprendo, capitán, pero no se preocupe. Ya se acostumbrará.

—Eso espero. ¿Cuándo piensa usted partir hacia Marte?

—No depende de mí solamente, sino de usted.

Herris se puso en pie.

—¿De mí?

—Sí. Tiene que aprender a manejar la nave.

La mano de Herris señaló el tablero de instrumentos.

—¡Pero yo no entiendo nada de lo que dice ahí! —exclamó.

—Cuando llegue el momento de zarpar, tendrá tanta experiencia como yo.

—¿Sin entrenamientos previos?

—Haré que aprenda a manejar la nave.

—¿Qué procedimiento va a emplear para enseñarme?
—Hipnopedia.
Herris frunció el ceño.
—Enseñanza durante el sueño. ¿Natural o provocado?
—Ambas cosas, capitán. Pero le diré una cosa.
—¿Sí, señorita Layn?
—Cuando empiece, ya no podrá interrumpir las sesiones hipnopédicas, sino por breves espacios. Eso significa que ya no podrá salir de aquí.
—Es decir, que tras el aprendizaje, despegaremos inmediatamente.
—Así lo haremos —corroboró la joven.
Herris meditó unos instantes.
—¿No se decide usted? —preguntó Melba, ansiosamente.
—Por supuesto. No sería capaz de renunciar a esta aventura por nada del mundo. Pero no puedo ir con lo puesto.
—Entiendo. Quiere volver a su casa.
—Sí, señorita.
—Me parece justo —accedió Melba—. ¿Cuánto tardará en volver?
—¿Le parece bien mañana por la tarde?
—De acuerdo.
Momentos después, estaban en la casa. Entonces, Melba le entregó un singular artefacto.
Era una cajita plana, del tamaño de un paquete de cigarrillos, pero de un grosor inferior, aproximadamente la mitad. Melba presionó un botón situado en una de sus esquinas y se la entregó.
—Póngasela en el bolsillo del pecho —dijo.
—¿Qué es? —preguntó él.
—Resulta necesario prevenir todas las eventualidades. Puede ser atacado, capitán.
—Y... este cacharrito, ¿me salvará?
Ella sonrió.
—Le librará de cualquier apuro... por ejemplo, el ataque con un paralizador.
Herris abrió la boca de par en par.
—Un arma marciana—dijo.
—En efecto, un arma marciana —confirmó la joven.

* * *

Robert Awlding paseó la vista por la estancia y luego la fijó en el dueño de la casa.
—Usted es Liggton—dijo.
—Sí, capitán...
Awlding metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó

una tarjeta plana que enseñó a Liggton.

—Lea.

Liggton obedeció. Un instante después su gesto de recelo se trocaba en una expresión de asombro y respeto simultáneos.

—Señor… —dijo.

Awlding levantó la mano.

—Capitán, simplemente —puntualizó—. Soy el capitán Awlding, no lo olvide usted.

—Sí, señor.

—Me he escapado del encierro —dijo Awlding llanamente—. No veo aquí a Melba Layn —añadió.

Liggton se mordió los labios.

—El secuestro fracasó —repuso.

—¿Causas?

—Una intervención inesperada, señor.

—Informe, Liggton.

Awlding escuchó silenciosamente durante unos minutos. Cuando Liggton hubo terminado, dijo:

—Es preciso acabar con Herris.

—Tengo a un hombre esperando su vuelta, señor —manifestó Liggton.

—¿Qué me dice de la nave de Melba?

—Infortunadamente, nos ha sido posible encontrarla, capitán.

Los ojos de Awlding centellearon.

—¿Acaso no hay detectores de metales? —barbotó irritadamente.

—¿De qué nos sirven si ella ha creado un campo antidetección en tomo a la nave?

—De modo que es eso —murmuró Awlding.

—Sí, capitán.

—Claro. Un campo antidetección hace pasar inadvertida la masa metálica que se busca. Es como si no existiera.

—En efecto, capitán.

—Pero esa nave no puede estar muy lejos de la residencia de Melba.

—Así lo creo yo, capitán. Sin embargo, todos los esfuerzos realizados hasta la fecha han resultado inútiles.

—Pues es preciso, a cualquier coste —dijo Awlding con ojos llameantes —encontrar esa nave y destruirla. ¿Dónde está la suya, Liggton?

—En lugar seguro, capitán. Dispuesta a ser empleada cuando las circunstancias lo requieran.

—Es posible que ese momento llegue antes de lo que se piensa. Ahora dígame: ¿cree usted que sería posible cambiar mi aspecto? Mi desaparición del manicomio habrá sido denunciada y la policía estará

buscándome.

—Tendremos que utilizar medios terrestres, señor —contestó Liggton—. Aquí carecemos de los instrumentos precisos para darle un aspecto enteramente terrestre.

Awlding reflexionó irnos momentos.

—Está bien, me conformo con lo que haya. ¿Cuándo tendremos noticias de Malm?

—No creo que tarde mucho en avisar que ha cumplido su misión —contestó Liggton.

—Perfectamente. Vamos a ver si cambio un poco mi fisonomía. Luego: cuando ese entrometido que se llama Herris haya sido eliminado, nos encargaremos de la muchacha.

Los ojos de Awlding despidieron chispas.

—No me han creído —dijo rabiosamente—. Me han tratado peor que a un vulgar criminal. Pues bien, los terrestres tendrán lo que piden: ¡la guerra!

Liggton se estremeció.

Llevaba mucho tiempo en el planeta. Conocía, por tanto, a los terrestres y conocía su capacidad de reacción.

Si se iniciaban las hostilidades, ¿alcanzarían la victoria?

Liggton lo dudaba, pero era hombre disciplinado y debía obedecer las órdenes que le daba Awlding, superior a él en rango y categoría.

* * *

Mark Herris llegó a su casa pisando como sobre nubes. Melba era hermosísima y en unión de ella iba a correr una fantástica aventura.

Ahora demostraría que su renuncia a tripular la nave no se había debido precisamente a cobardía. Le habían destituido del mando, pero luego se había probado la razón de sus argumentos. Los defectos por él señalados habían sido corregidos.

De este modo, la cuarta expedición a Marte había podido llegar a su destino sin inconvenientes. Y sin él también, claro. A los constructores no les había gustado su actitud y habían maniobrado para dejarle fuera de juego, como represalia.

Cuando volviera de Marte...

Se iba a reír de algunos que le habían llamado cobarde. Les frotaría su viaje por las narices. Se cobrara las humillaciones recibidas. No era correcto, pero sí humano.

Así pensando, abrió la puerta; Entonces se vio frente al mismo individuo que por la tarde había intentado prohibirle la salida.

Malm le apuntó con un objeto que parecía una caja larga y cuadrada, sujeta al extremo de un mango en ángulo obtuso con respecto a su eje. Una débil chispa brilló en el extremo opuesto de la

caja.

Harris se quedó quieto instantáneamente. Luego, muy despacio, dobló las rodillas y cayó de bruces.

CAPITULO VI

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Malm. Corrió a cerrar la puerta y luego se acercó al caído, dándole la vuelta con el pie.

Entonces, las piernas de Herris se enredaron en las suyas, haciéndole caer al suelo. Malm emitió un grito de asombro y de rabia.

Herris se incorporó de un salto. Malm, que no había perdido el paralizador, lo disparó de nuevo.

La descarga resultó tan infructuosa como la anterior. Herris felicitó mentalmente a Melba por haber tomado la precaución de protegerle con el neutralizador de descargas paralizantes. Pero mientras lo hacía movía sus puños rítmicamente.

Malm se desplomó sin sentido, a renglón seguido de un fenomenal derechazo en la mandíbula. Herris se sacudió las manos.

—Todavía tenéis algo que aprender los marcianos de nosotros —comentó a media voz.

Y luego, para celebrar el triunfo, se tomó una copa de vino.

A continuación, agarró al desvanecido y se lo cargó al hombro. Salió del piso y descendió a la calle. La hora era muy avanzada y nadie le vio.

Su atacante quedó sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Herris le puso en la mano una botella medio vacía.

La ronda policial no tardaría en pasar. Era fácil imaginar lo que harían con aquel supuesto beodo que se había quedado a dormir la borrachera en medio de la calle.

Tranquilo ya, regresó a su piso y, tras cerrar la puerta con doble vuelta de llave, se acostó. Momentos después dormía como un bendito.

Madrugó relativamente, sin embargo. Se bañó y afeitó y luego se vistió. Acto continuo empezó a preparar el equipaje. Todavía conservaba los efectos personales que debía haber llevado consigo en el anterior viaje y que no quiso realizar.

Estaba a mitad de su tarea cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó a través del micrófono.

—Abre, Mark —dijo una voz femenina—. Soy May Divitt.

—¿Vienes sola, May?

—Claro. ¿Acaso piensas que voy a traerme al ogro?

Herris abrió, una atractiva joven de cabellos negros apareció entonces ante sus ojos, portadora de una gruesa carpeta de cuero.

—Hola, Mark —saludó ella desenvueltamente—. Te traigo buenas noticias.

—¿Qué dice ese monstruo de Sófocles Akanatopoulos? —preguntó él.

—Está arrepentido de lo que te hizo, Mark. ¿Sabes?, se está preparando la quinta expedición a Marte. Quiere que tú mandes la nave.

Harris sonrió desdeñosamente.

—Ahora se acuerda de mí, ¿verdad? Cuando dije que no había seguridad en la otra nave, me despidió ignominiosamente. Luego se probó que yo tenía razón; se corrigieron los defectos y se dejó la nave en condiciones. Pero el bribón no se rebajó a humillarse y admitir la verdad.

—Ahora lo hace, Mark. Comprende tú también que él debía quedar bien ante el Gobierno.

—Sí, a costa de mi pellejo —contestó Herris con hosquedad—. Bueno, ¿qué propuesta me traes ahora?

—El mando de la quinta expedición, con plenos poderes… y aumento de sueldo.

—No.

May Divitt se quedó atónita.

—Pero… ¡es una ocasión magnífica para ti!

—Lo dudo, May.

—Siempre deseaste ir a Marte, Mark.

—Y sigo deseándolo.

—No te entiendo… ¿Por qué no aceptas?

—Simplemente, porque voy a Marte, pero siguiendo otro camino.

May le miró horrorizada.

—Estás igual que Awlding. A propósito, ¿sabes que se ha escapado del manicomio?

—No, no lo sabía, pero tampoco me importa. May, dile a Sófocles que se vaya al cuerno. Perdona la expresión, pero no puedo emplear otra.

Ella hizo un gesto de resignación.

—Mark, comprendo tu actitud, aunque la estimo perjudicial. Sin embargo, permítame que te diga que dudo de tu sano juicio.

—Eres libre de pensar cuanto quieras —respondió él—. Pero no lo dudes, me voy a Marte.

May se fijó en la maleta abierta, a medio llenar.

—¿Qué… qué medio piensas emplear? —preguntó.
—Ah, ése es mi secreto, preciosa.
—Sófocles me dirá que estoy loca. No me creerá.
—Hay un remedio, May.
—¿Cuál?
—Dile que no me has encontrado. Y perdona, pero tengo prisa.
May entendió que él le despedía. ¿Bromeaba? ¿Hablaba en serio?
—Nunca te portaste así —dijo, ya con la mano en el pomo de la puerta.
—Es que nunca, tampoco, pensé en ir a Marte en un aparato construido por no terrestres.
Aquello fue la gota que hizo rebosar el vaso. May abrió y escapó a la carrera, mientras en sus oídos sonaban los ecos de una carcajada, que se le antojó emitida por un demente incurable.
—Pobre chica —dijo Herris, mientras reanudaba su trabajo—; seguro que va a necesitar una dosis extra de calmante para recobrar su tranquilidad.
Pero luego dejó de sonreír. No, aunque no hubiese conocido nunca a Melba Layn, tampoco habría aceptado una tardía retractación del director del programa de viajes espaciales a Marte.
Y mucho menos ahora, después de lo que ya había visto y sabía.

* * *

Malm entró en la casa con las ropas arrugadas, despeinado y los ojos rodeados por unos círculos violáceos. Su aspecto era de un abatimiento total.
Liggton le contempló, mudo de ira.
—De modo que te emborrachaste y fuiste a parar al calabozo de la comisaría —dijo.
—Permita que le explique…
—¡Imbécil! Explicaciones ahora… ¿para qué diablos las necesitamos? Por dos veces has fallado en la misión que te fue encomendada. ¿Sabes lo que significa esto?
Malm se puso pálido.
—Hice lo que pude —se defendió—. Pero el paralizador no funcionó.
—¿Estás seguro. Malm? —preguntó Awlding inesperadamente.
Los dos hombres se volvieron. Parado bajo el dintel de la puerta que daba a las habitaciones interiores, Awlding, con las manos a la espalda, contemplaba fijamente al avergonzado Malm.
—¿Quién es este hombre? —preguntó.
—Contéstale —ordenó Liggton—. Tiene poder suficiente para hacerte las preguntas que estime necesarias.

Malm entendió que Liggton no hablaba así sin un poderoso motivo. Debía de ser un enviado… muy especial.

—Sí, señor —dijo respetuosamente—. Le disparé una descarga y cayó al suelo. Cuando me acerqué a él me derribó y me golpeó hasta hacerme perder el sentido. Luego me bajó a la calle y me dejó sentado, con una botella en la mano. Pasó la ronda y…

—De modo que usaste el paralizador y fingió que caía.

—Sí, señor, así sucedió.

—Eso significa que Herris iba preparado contra un posible ataque con el paralizador.

—Seguro, señor; de lo contrario, ¿cómo habría podido recuperarse tan rápidamente?

Awlding y Liggton se miraron un instante.

—Ella —dijo el segundo.

—Sí, Melba. Es lista esa chica.

—Podemos asaltar su casa… —sugirió Liggton.

—No. Melba estará prevenida y se defenderá eficazmente. Sería inútil.

—¿Entonces…?

—Haremos algo mejor —dispuso Awlding—. Zarparemos lo antes posible. Creo que podemos ganarles a ellos… y les esperaremos agazapados en Phobos.

Liggton sonrió.

—Buena idea, señor —aprobó.

—Ellos llegarán, creyendo que nosotros seguimos aún en la Tierra. Recibirán una sorpresa mayúscula.

—Y como no esperarán nuestro ataque, caerán en la trampa.

—Exactamente eso es lo que ocurrirá —dijo Awlding, con aire de profeta convencido de sus vaticinios.

* * *

—Siéntese aquí, capitán —indicó Melba.

Herris obedeció. Había cambiado de indumentaria y vestía un traje de una sola pieza, de color gris acero, cómodo y holgado. El sillón era amplio y se acomodaba automáticamente a los menores detalles de su anatomía.

Estaban en la bóveda situada bajo la casa. Mientras ella manipulaba en una serie de extraños artefactos, desconocidos por completo para el terrestre. Herris, invadido por la curiosidad, preguntó:

—¿Por qué no lo hace allá arriba? En los ratos libres podríamos tomar el sol, bañamos en la piscina…

Melba sacudió la cabeza.

—Es peligroso —dijo—. Aquí estamos completamente a salvo de cualquier ataque. Y no saldremos sino hasta el momento del despegue.

—Siendo así…

Melba empujó con ambas manos un artefacto que se movía silenciosamente sobre ruedas. Parecía una pequeña grúa de puente, pero los aparatos que tenía en el sector transversal le daban el aire del complejo tablero de instrumentos de un avión.

Las patas verticales servían prácticamente de sustentación y nada más, excepto para la conexión a la red de energía eléctrica. La parte inferior del puente era cóncava en su centro, de modo que el cráneo humano pudiera acomodarse en aquel hueco.

—Relájese, capitán —indicó Melba.

—Sí —contestó él, a la vez que iniciaba varias largas aspiraciones, a fin de oxigenar completamente los pulmones.

Melba actuó diestra y eficazmente. El aparato quedó suspendido sobre la cabeza de Herris, reclinado en un cómodo sillón. Melba manejó los mandos y el puente descendió suavemente hasta tocar su cabeza. Entonces la parte cóncava se acomodó de modo automático a su cráneo y éste quedó cubierto en su mitad superior. Herris sintió que unos auriculares se acoplaban a sus orejas y unas cosas blandas y aterciopeladas le taparon los ojos.

—No tema —dijo ella—, no sentirá el menor dolor.

—¿Y con este aparato aprenderé a manejar la nave? —dudó él.

—Por completo.

—¿Entenderé los signos de los instrumentos de mando?

—Como si fuera un marciano legítimo. Incluso aprenderá nuestro idioma.

—Cualquiera diría que vinieron preparados de allí para una eventualidad semejante —ironizó él.

—No anda usted tan descaminado —repuso Melba, sin dejar de manipular en los instrumentos—. Tarde o temprano, tenía que llegar el momento en que tomáramos contacto con ustedes.

—El aparatito suprimirá muchas etapas intermedias, ¿no es eso lo que quiere decirme?

—Para usted, sí, porque en una semana aprenderá lo que, probablemente y con el mayor de los optimismos, le costaría un año de tiempo.

Herris silbó admirado. Melba dijo:

—Silencio, por favor. No hable ya, guarde silencio. Relájese, deje su mente en blanco… deje su mente en blanco…

La voz de la joven pareció llegar casi repentinamente de un lugar situado a muchos millones de kilómetros. Era dulce, persuasiva; Herris se sintió invadido de una paz infinita, de unos enormes deseos de dormir… dormir…

Tenía los ojos tapados; pero, de pronto, vio delante de él un cuadrado de color blanco, como una pantalla cinematográfica. Vagamente comprendió que tal pantalla no existía, sino que era una proyección mental, pero casi en seguida apareció en ella el cuadro de mandos de la astronave.

La lejana voz de Melba empezó a explicarle para qué servía cada instrumento y los signos correspondientes de la escritura marciana. ¿Era su voz o se trataba de una grabación?

En todo caso, el detalle no tenía importancia.

CAPÍTULO VII

Herris sintió que Melba retiraba el aparato hipnopédico y, después de abrir los ojos, exclamó:

—Tengo hambre.

Ella se echó a reír.

—Corrija un poco el matiz de la segunda palabra. No presione tanto el acento sobre la primera sílaba; de lo contrario, un marciano que le oiga entenderá que ha dicho que usted tiene dos hijos.

—Vaya —refunfuñó él—. Soy soltero, Melba.

Y, de pronto, se dio cuenta de que hablaba en marciano con toda naturalidad.

—¡Eh! He cambiado de idioma —exclamó.

—¿Ahora se da cuenta? —rió ella suavemente—. Está hablándolo desde la segunda sesión.

—¿Y cómo no lo he advertido? —preguntó Herris, atónito.

—Por la sencilla razón de que el hipnotismo a que estuvo sujeto no cesaba totalmente en los intervalos de descanso.

—O sea que me movía como un autómata.

—Casi, pero es que era preciso no romper totalmente la ligazón con la máquina.

—¿Está rota ahora?

—Sí, puesto que ha terminado el aprendizaje.

—Lo que significa que muy pronto vamos a zarpar.

—No tardaremos mucho —contestó Melba—. Sólo lo justo para preparar el equipaje. La nave está ya pertrechada y revisada. Por tanto, puede despegar en cualquier momento.

Herris se puso en pie y arrojó un vistazo al aparato, cuyo tamaño se le antojaba abrumador.

—Un día le preguntaré por qué me eligió a mí precisamente y no a otro —dijo.

—La respuesta es sencilla: no había ningún astronauta libre en el momento en que fui a buscarle a usted.

—Pero podía haberle enseñado a otro cualquiera.

—No, capitán. Cualquiera otro no habría servido. Usted poseía una estupenda base técnica, sin la cual lo que le he enseñado apenas serviría de nada. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, perfectamente.

Una lámpara centelleó de pronto, a la vez que se oía un suave campanilleo. Melba y Herris volvieron la cabeza al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Ha entrado alguien en la casa—dijo Melba, alarmada.

—La sirvienta...

—No. La despedí ayer.

Herris frunció el ceño.

-—Vamos arriba a ver —propuso.

—¡Espere!

Melba se acercó a una de las paredes y tocó un pulsador. Segundos más tarde se encendía una pantalla de televisión de más de un metro de lado.

Tres hombres aparecieron en la imagen. Herris se quedó asombrado al reconocer a uno de ellos.

—¡Sófocles! —exclamó.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Melba.

—El director de los proyectos de expediciones coloniales a Marte. Quiso reclutarme de nuevo cuando me disponía a venir aquí, pero rechacé su oferta.

—¿Conoce a sus acompañantes?

—No, no sé quiénes son.

Melba dudó un momento.

—¿Cómo han sabido que está usted aquí? —preguntó.

—No lo sé. ¿Por qué no subimos a hablar con ellos? No creo que vengan en son de guerra.

—Está bien, pero tendré mi paralizador a mano, por si acaso —accedió la joven finalmente—. Vamos al ascensor.

* * *

Sófocles Akanatopoulos y sus dos acompañantes se quedaron atónitos al ver que no había nadie en la casa. Gritaron un poco y al fin se convencieron de que el edificio estaba abandonado.

Entonces, Melba y Herris surgieron a espaldas del trío.

—¿Me buscaba, Sófocles?

El director se volvió en el acto. Era un hombre grueso, orondo, de unos cincuenta años, nariz aplastada y mirada astuta.

—Diría que ha surgido usted del seno de la tierra, capitán.

—Algo por el estilo —admitió Herris con una sonrisa—. Permítame que le presente a la señorita Melba Layn. Melba, éste es Sófocles Akanatopoulos, el bribón que me dio una vez cierta patada en... bueno, eso no importa ahora.

Sófocles miró a la joven con cierta reluctancia.

—Ahora se comprende —dijo.

—¿Qué es lo que se comprende? —preguntó Herris.

—Los motivos de su ausencia. Le felicito, capitán; en su lugar, yo también me habría perdido de vista una buena temporada.

—¡Oh! —se sofocó Melba—, No soy su esposa, señor Akanatopoulos.

—¿No? Entonces, el capitán es un tonto. Pero éste es un asunto secundario. Capitán, he venido a llevármelo.

—¿De veras? —preguntó Herris con acento irónico.

El pulgar de Sófocles se movió hacia sus espaldas.

—Mire a estos dos caballeros —dijo—. Son agentes de policía y están provistos de los documentos necesarios para obligarle a que me acompañe.

—¡Ja! —dijo Herris, muy serio.

—Le hemos estado buscando como locos —añadió Sófocles, impasible—. Sólo cuando un policía de tráfico descubrió su coche abandonado en el exterior del parque, se me ocurrió que podía estar aquí.

—¡Qué estúpido fui! —masculló el joven.

—No lo dude. Bien, ¿vamos ya?

Herris meneó la cabeza.

—No. Lo siento.

—Le llevaremos a la fuerza, capitán.

—Pruebe, Sófocles —le desafió Herris.

—May me dijo que se había vuelto loco, pero yo no creo en ciertas tonterías —dijo Sófocles. Se volvió hacia los policías—. Adelante, carguen con él, caballeros.

Entonces, Melba sacó a relucir su paralizador.

—Quietos —ordenó.

Uno de los policías dijo:

—Señorita, guarde ese chisme.

—No nos gustaría usar la fuerza—agregó su compañero.

Melba soltó dos descargas paralizadoras. Los policías cayeron redondos.

—¡Los ha matado! —gritó Sófocles.

—Nada de eso. Están paralizados, simplemente. Se recobrarán

dentro de un cuarto de hora.

Sófocles miró con ojos de asombro a la muchacha.

—¿Qué infernal trasto es ése? —preguntó.

—Un paralizador de los centros nerviosos. Pero no deja secuelas perniciosas en el organismo.

—Nunca había visto un arma semejante —confesó el director.

—Como que ha sido fabricada en Marte —intervino Herris.

Sófocles volvió la cabeza.

—May habló que usted le había dicho que se iba a Marte, aunque por otro camino.

—Así es. Lo único que siento es que no pueda venir usted, Sófocles.

—¡Un momento! —dijo Melba—. Capitán, acaba de darme una idea.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, la joven añadió:

—Estoy pensando en que un personaje de la categoría del señor Akanatopoulos ayudaría mucho a nuestra misión.

Herris respingó. Creía entender el sentido de las palabras de la joven.

—¿Cómo? ¿Pretende llevarlo a Marte?

—Sí —confirmó ella con ojos brillantes—. A usted, en algunos asuntos, no le creerían, pero sí creerán al señor Akanatopoulos. Y también le creerán a su regreso a la tierra.

—Pero, ¿de qué diablos están hablando? —gruñó Sófocles, alarmado.

—Muy sencillo —rió Herris—. Ha venido a por lana y se va a ir trasquilado. Bueno, se va a quedar, pero para el caso es lo mismo.

—No, yo no quiero ir a Marte… ¡Maldición! Están empezando a volverme loco —gritó Sófocles, irritado.

Melba lanzó un suspiro.

—Sólo hay una manera de acabar con la incredulidad —dijo.

Y de nuevo disparó su paralizador.

Sófocles se desplomó al suelo. Melba le entregó el arma.

—Mark, dispáreles otra descarga cuando se despierten. Con media hora tendré más que suficiente para preparar los equipajes.

—Usted manda —contestó él, resignándose a la idea de llevar a Sófocles como pasajero.

Sófocles despertó sentado en uno de los sillones de la cabina de mando. Apenas lo hizo, pegó un grito estentóreo:

—¿Dónde estoy?

Delante de él, vio a Herris y Melba, sentados en sendos sillones, muy ocupados para atenderle. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, sus ojos captaron una cosa singular.

Estaba dentro de una nave, cuya construcción no tenía parecido en la Tierra. La cabina disponía de unos amplísimos ventanales, que

permitían una completa visión de lo que sucedía en el exterior.

El techo, que parecía de roca, se descorrió silenciosamente y dejó ver el cielo estrellado. Mudo de asombro, se dio cuenta de que la nave se despegaba del suelo poco a poco.

Instintivamente, se aferró a los brazos del sillón. May Divitt, su secretaria, había dicho la verdad. Herris no estaba loco.

Oyó hablar a la pareja, mientras veía que el suelo se alejaba con creciente rapidez. Su asombro subió de punto al darse cuenta de que Herris y aquella hermosa mujer hablaban un idioma que le resultaba absolutamente desconocido.

La nave adquirió una enorme rapidez en pocos segundos. Atónito, Sófocles se dio cuenta de que podía moverse perfectamente, sin sufrir sobre su adiposo organismo los desastrosos efectos de la aceleración.

Cuando reaccionó, la Tierra era una bola de un bello color azul y blanco que se alejaba velocísima-mente en el espacio. Temblando, se puso en pie y comprobó que podía mantenerse erguido sin la menor dificultad.

¿Había... eran... estaban...?

Los comienzos de cada pregunta se apelotonaban en su mente, sin acabar de atreverse a formularlos en voz alta. Había una, sobre todo, que torturaba su imaginación con singular crueldad.

Tosió, carraspeó. Melba y Herris acabaron por volver la cabeza.

—¿Se encuentra bien, Sófocles? —preguntó el joven alegremente.

Sófocles meneó la cabeza de arriba a abajo. Titubeó un poco y, al fin, soltó la pregunta:

—Capitán, ¿es usted un marciano?

CAPITULO VIII

—No, yo no soy un marciano, se lo he dicho y repetido infinidad de veces en cuarenta y ocho horas, Sófocles.

El director golpeó la mesa con su puño.

—¡No me lo creeré aunque me lo jure de rodillas! —declaró exasperadamente.

—Ella es la marciana.

—Y usted, Mark.

—Tendré que dejarlo por imposible, Sófocles.

—¿De qué se habla? —preguntó Melba, entrando en aquel momento con una bandeja repleta de comida.

—De usted. Y de mí. Sófocles dice que soy marciano.
—¡Qué barbaridad! Sófocles, ¿es que no sabe distinguir?
—Sí, usted es un hombre y él una mujer… digo, no, rayos; usted es una mujer y él un hombre —barbotó el director—. ¡Pero marcianos ambos!
Melba empezó a repartir platos.
—No discuta más, Mark —aconsejó.
—Tendré que dejarlo por imposible —contestó Herris.
—Pero todavía no nos ha dicho a qué nos lleva a Marte —alegó Sófocles.
—¿Leyó alguna vez las declaraciones de Awlding?
—¿El único superviviente de la primera expedición?
—El único del cual se conoce su suerte, lo que no significa que los demás estén muertos.
Sófocles miró perplejo a la muchacha.
—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.
—Sencillamente, que uno de los motivos principales de mi viaje es conocer la suerte que corrió aquella expedición —contestó Melba—. Ustedes, los terrestres, no se preocuparon demasiado por ella.
—Hicimos lo que se pudo —refunfuñó Sófocles—. Pero cuando pasó el tiempo y dejaron de comunicarse con nosotros, supusimos razonablemente que debían de haber muerto.
—Y las siguientes expediciones aterrizaron bien lejos, para no correr riesgos, ¿verdad?
—Podían haber muerto a causa de una epidemia desconocida…
—O de un atracón de «sylfx» —dijo Melba irónicamente.
—¿Qué es «sylfx»?—preguntó Herris, asombrado.
—Una hierba marciana que sólo crece en determinados parajes, después de que las aguas del deshielo de los casquetes polares han pasado por ellos. Es nutritiva en extremo y verdaderamente sabrosa, incluso mejor que algunas frutas terrestres.
—Entonces, Awlding estuvo alimentándose de «sylfx» todo el tiempo.
—Puede. Pero no olvidemos que en la nave llevaba provisiones para un año y quince hombres. Si se quedó él solo…
—Los cálculos dicen que pudo sobrevivir cómodamente durante diez años, sin más que ponerse a cuatro patas y pastar como un rumiante —dijo Sófocles con agudo sarcasmo.
—Director, no se burle usted de mi planeta —le reprochó ella—. No tenemos grandes cosas, pero algunas son mejores que las terrestres.
—Perdón —se excusó Sófocles—. Oiga, Awlding habló algo sobre una guerra de Marte contra la Tierra. ¿Qué me dice usted sobre el particular?
—De momento, sólo puedo anticiparle que tratamos de evitarlo.

Pero tampoco queremos que nos invadan ustedes como si fuéramos salvajes. No olviden que conocíamos la astronáutica cuando ustedes todavía corrían carreras de cuadrigas en los circos romanos.

—Vaya, quién lo hubiera dicho. Pero nosotros no vamos a invadirles, Melba.

—¿Que no? Están preparando ya la quinta expedición; dentro de poco enviarán la sexta… En menos de cinco años, enviarán diez naves más… Ya hay setenta u ochenta terrestres instalados en la superficie de nuestro planeta… ¿Qué ocurrirá dentro de, digamos diez años? ¿Y dentro de veinte?

Sófocles se frotó la mandíbula preocupadamente.

—Melba, es el progreso—dijo.

—Un argumento que nosotros también pudimos haber empleado hace casi dos mil años. Pero seguimos viviendo en Marte, porque es nuestro planeta.

—Bueno, siempre se puede encontrar un *modus vivendi* —terció Herris.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—¿El mismo *modus vivendi* que las naciones más adelantadas de la Tierra imponían a los salvajes de otros continentes? ¿La explotación y la esclavitud?

—Bueno, es que se está poniendo usted en una tesitura imposible. Nadie ha dicho que vayamos a sojuzgarles.

—Pero están estableciéndose en nuestro planeta.

—¿Y por qué no han protestado en todo este tiempo? —exclamó Sófocles—. ¿Por qué no se han dejado ver? ¿Cree usted que les habríamos recibido a tiros?

—No me hubiese extrañado en absoluto —contestó ella.

—Melba, hay algo que usted ignora y que debe saber —dijo Herris —. Ninguna de las expediciones fue armada.

—A menos que considere como armas los cuchillos de cocina, las hachas y los machetes —añadió Sófocles.

—¿Es cierto eso? —preguntó la muchacha.

—Absolutamente cierto —confirmó Sófocles—. Tengo motivos para saberlo, ¿no?

Melba calló un momento, desconcertada por aquellas palabras. Herris observó su turbación.

—Entonces —murmuró la joven, pasados unos instantes —, creo que estábamos engañados con respecto a ustedes.

—Melba —dijo Herris —, aparte de que no les gustaba nuestra presencia en Marte, ¿no había otro motivo más profundo para no entablar contacto con nosotros?

—Sí. Pero todavía no lo puedo revelar. Lo siento; no estoy autorizada para revelar ciertos detalles.

Sófocles meneó la cabeza.

—No tengo prisa —dijo—. Ya lo averiguaremos cuando lleguemos allí. Por cierto, ¿cuánto tardaremos?

—La distancia actual, de Marte a la Tierra, es de unos noventa y ocho millones de kilómetros, dado que están en oposición. Puesto que la velocidad es de diez millones por día, saque usted mismo la cuenta.

Sófocles se pegó una palmada en la frente.

—¡Diez días! —exclamó—. Y nuestras naves tardan cincuenta, en el mejor de los casos. ¿Qué fabuloso motor tiene este aparato?

—Abajo, en la bodega, hay unos cuantos tipos moviendo unos pedales. Producen energía eléctrica y…

Sófocles miró indignado a Herris, de quien eran las anteriores palabras.

—¡Pedales! —bufó.

—Espere a llegar a Marte —dijo Melba con una sonrisa—. Entonces sabrá muchas cosas y no tendrá que lamentarse del «rapto» de que ha sido objeto.

* * *

Robert Awlding entró en el observatorio y se dirigió rectamente hacia el gran telescopio situado al pie de uno de los ventanales del edificio.

Dado que el aparato debía hallarse al aire libre, Awlding vestía traje espacial, lo mismo que los dos individuos que se encontraban en aquel lugar. Sin la menor ceremonia, Awlding los apartó a un lado y se sentó ante el aparato.

—Preparen la película de las últimas horas, en sus fases más interesantes —ordenó a través de la radio.

—Bien, señor.

Awlding estuvo mirando unos momentos directamente a través del telescopio. Luego contempló las imágenes que recibía el aparato y que eran proyectadas sobre una pantalla gigante de televisión.

Al cabo de un rato, se puso en pie y se dirigió a otro extremo del observatorio. Uno de los individuos encendió el proyector.

La figura de la astronave apareció, en imágenes rápidas, aumentando de tamaño sucesivamente. Awlding continuaba en silencio.

Pasado un cuarto de hora, se puso nuevamente en pie.

—Sigan —dijo lacónicamente.

Y salió.

Momentos después, se hallaba en una habitación estanca, en la que pudo quitarse el casco espacial. Liggton y sus tres ayudantes le contemplaron con interés.

—Llegarán dentro de veinticuatro hars —dijo Awlding—. Dejaremos que se acerquen a Marte. Entonces, saldremos a interceptarlos.

—¿Qué medios emplearemos? —preguntó Liggton—. ¿Torpedos?

—Algo mejor. Temperatura.

Liggton asintió.

—Será preciso emplear los generadores al máximo

—dijo.

—Por supuesto. Aunque revienten... ¡pero la nave en que viajan esos dos miserables debe quedar convertida en un pedazo de metal fundido!

Awlding miró a los otros individuos.

—Avisen a las tripulaciones siete y cincuenta y dos —ordenó—. Díganles que estén preparadas, dentro de veinte horas, en situación de «despegue inmediato».

Zett se levantó.

—Transmitiré su orden en el acto —contestó.

Salió del cuarto. Luego, Awlding miró a Liggton.

—Y una vez que desaparezca esa amenaza, podremos llevar a cabo nuestro plan —dijo.

Liggton inclinó la cabeza.

—No tengo la menor duda de que todo saldrá bien —contestó.

* * *

Sófocles tenía la nariz pegada al vidrio de uno de los ventanales de la nave.

—Me siento como un chiquillo ante el escaparate de una pastelería —exclamó, absorto ante el fantástico espectáculo que el cuarto planeta ofrecía a sus ojos.

Herris también se sentía fascinado ante aquel inenarrable panorama, que cambiaba con cierta, rapidez, debido tanto al avance de la nave, como al movimiento de rotación de Marte. A su lado, Melba vigilaba constantemente los instrumentos.

El tamaño del planeta aumentaba a ojos vistas. Herris se sentía excitado.

No era la primera vez que salía al espacio; había estado en la Luna en dos ocasiones, pero sentía la emoción de acercarse a un mundo nuevo, en el que la fantasía acumulada a lo largo de años y aun siglos por escritores y artistas iba a convertirse en realidad dentro de pocas horas.

Los dos satélites de Marte, Phobos y Deimos, eran visibles a ojo desnudo. Eran dos rocas que flotaban en el espacio, la primera describiendo su órbita en torno al planeta en poco menos de ocho

horas. Pero debido a las velocidades respectivas, un observador, situado en el suelo de Marte, lo vería durante once horas, desde la salida al ocaso.

De repente, Melba vio que una de las pantallas acusaba señales de naves próximas.

—Me parece que vamos a tener visita —anunció, con voz ligeramente alterada.

CAPÍTULO IX

Herris dirigió instantáneamente su vista a la pantalla detectara.

Los destellos luminosos eran dobles y muy frecuentes, dos por segundo, aproximadamente. Como si toda su vida hubiera estado haciendo lo mismo, pulsó una tecla e inmediatamente la pantalla conectada con el telescopio de la nave.

Dos puntitos brillantes aparecieron en la pantalla instantáneamente. Herris graduó el mando de aumento y pudo distinguir más detalles.

—Son naves iguales a ésta —dijo.

Melba permaneció silenciosa.

—¿Hago señales? —preguntó él.

Sófocles se situó detrás de la pareja.

—Debe de ser el comité de bienvenida —dijo jocosamente.

—En Marte no se estilan tales cosas —declaró Melba—. De lo contrario, sus naves habrían sido recibidas de la misma manera.

Herris se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Habéis llegado a Marte sin obstáculos, ¿no?

—¿Supone que los tripulantes de esas naves albergan ideas agresivas?

—Mark, estoy segura de que Awlding y Liggton estuvieron buscándonos como locos... buscando la nave de mi tío, sobre todo. Era imposible que nos encontraran, puesto que la bóveda estaba completamente aislada; no había instrumento capaz de detectarnos, ¿comprendes?

—Siga —invitó Sófocles, muy preocupado por lo que estaba oyendo.

—El resto es sencillo: se nos han adelantado.

Herris se mordió los labios. El acercamiento de las naves era

fácilmente perceptible.

—¿Crees que van a atacarnos?

—Estoy segura de ello.

—¿Qué armas emplearán?

Era Sófocles el autor de la pregunta.

—Torpedos, no; ya los habrían disparado —dijo Melba.

—Entonces, tomarán la nave al abordaje.

—Es posible, aunque no en la forma que usted cree, Sófocles.

—Explíquese, Melba, por favor —pidió Herris.

Ella pulsó un par de teclas en el tablero de instrumentos.

—Mark, vigile el cuadrante siete once —le dijo en lenguaje marciano—. Si ve que enrojece, pulse inmediatamente la tecla correspondiente.

—Bien, Melba.

—¿Por qué no hablan en un lenguaje inteligible? —se quejó Sófocles.

Las naves marcianas se acercaban a gran velocidad.

—Si verdaderamente fuesen a recibirnos, ya nos habrían señalado sus deseos —dijo Melba—. ¡Cuidado, ya inician el ataque! ¡Mark, atención al cuadrante siete once! ¡No se preocupe de más y haga lo que yo le he dicho!

Herris dejó de mirar a través de la lucerna. Sus ojos se clavaron en el instrumento señalado.

Las dos naves marcianas se remontaron de pronto en el cielo, describiendo dos grandes curvas divergentes. Luego descendieron casi verticalmente hasta llegar a situarse a los costados de la nave que llegaba.

Sófocles contempló aquellos movimientos con el corazón en la garganta. Minutos más tarde, podía ver las otras naves a menos de cincuenta metros de distancia, navegando paralelamente a la del profesor Gwoll.

—¡Atención, Mark! —gritó Melba de pronto.

Dos enormes cables serpentearon en el espacio, uno por nave, dirigiéndose rectamente hacia la que ocupaban ellos. Herris tenía la vista fija en el cuadrante.

Los cables tocaron el casco de la nave. De pronto, Herris vio que el blanco del cuadrante tomaba un color rosado, que se acentuaba con rapidez.

La temperatura subió alarmantemente. Entonces, Herris hundió a fondo la tecla.

Pareció que los cables se incendiaban en el vacío espacial. La temperatura bajó de nuevo. Casi en el acto, los cables, gruesos como la pierna de un hombre, se replegaron hacia sus naves.

Pero ahora estaban al rojo vivo. Súbitamente, las dos naves se

convirtieron en dos objetos que ardían silenciosamente en el espacio.

—¡Rayos! —gruñó Sófocles.

Eran dos pedazos de metal al rojo vivo que se desplazaban a enorme velocidad. Melba optó por separarse de ellos y aceleró un poco más, dejándolos atrás en contados segundos.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Herris.

—Lo mismo que ellos querían hacemos a nosotros—contestó la joven. Estaba muy pálida—. Querían matamos. Me he defendido.

Melba desfalleció un instante.

—Jamás me había sucedido una cosa semejante —añadió con voz débil.

—Alguno está pidiendo guerra —dijo Herris ceñudamente.

—Si es así, la tendrá —exclamó Sófocles, blandiendo una pistola de pavoroso aspecto.

Melba se volvió rápidamente hacia él.

—¿De dónde ha sacado ese arma? —preguntó.

—Ustedes no me registraron al raptarme —contestó el director.

Ella alargó la mano.

—Deme la pistola, Sófocles.

—Pero…

—Hace miles de años que no se usan armas semejantes en mi planeta y, por más peligros que corramos, no va a romper usted la costumbre.

La pistola pasó a manos de la joven. Momentos después, era lanzada al espacio por una de las esclusas de la nave.

—Lo siento, Sófocles —se disculpó ella poco después.

—No se preocupe —sonrió el orondo individuo—. Puedo hacerme un arma que dispara proyectiles en menos de diez minutos.

—¿Con las manos desnudas?

—Y algunos trozos de tela. En Marte habrá guijarros, supongo; y una honda no es cosa difícil de manejar y mucho menos de usar.

—Ustedes, los terrestres, siempre tan belicosos.

—Y, ¿qué quieren hacer los marcianos, sino declaramos la guerra?

—Algunos tratamos de evitarlo —alegó ella.

—Dejen de discutir —intervino Herris ásperamente—. Estamos a punto de entrar en la atmósfera de Marte.

* * *

Ahora era Melba la que pilotaba manualmente la nave. Descendían a buena velocidad, aunque con una trayectoria acusadamente oblicua. Los detalles de la superficie del planeta eran cada vez más perceptibles.

Herris vio extensas llanuras arenosas, largos ríos, que supuso

procedentes del deshielo de los casquetes polares, y sierras con picos redondeados por la incesante erosión conjunta de los vientos y la arena. El lugar donde iban a posarse parecía un gran golfo de forma triangular desde las alturas.

—Es la Gran Sirte, según la nomenclatura terrestre—dijo Melba—. Nosotros lo llamamos de otra manera.

—¿Dónde tomaremos tierra? —preguntó Sófocles.

Melba señaló un punto situado al pie de una larga cadena de cerros rocosos, con grandes farallones de color gris y rojizo principalmente.

—Nosotros le llamamos la Cordillera Bekm. Pero tomar tierra no es la frase correcta.

—Tierra es el suelo sólido, sea del planeta que sea —alegó Herris.

—Son minucias lingüísticas, que no tienen importancia —manifestó Sófocles—. ¿Qué hay en la cordillera Bekm?

—La entrada a la capital marciana.

Por un momento, Herris se quedó sobrecogido.

Ahora comprendía por qué las expediciones terrestres no habían visto jamás a un marciano.

Aparte de que las colonias terrestres se hallaban en el hemisferio opuesto, en el golfo de los Gigantes, junto al Mar de las Sirenas, los marcianos vivían bajo la superficie de su planeta.

—Es lógico, si se piensa que son como nosotros —expresó sus ideas en voz alta.

—Deben de ser unas cavernas enormes —dijo Sófocles, que había comprendido también el sentido de las palabras de Melba.

—En efecto; y son el resultado de una labor titánica, que duró varios siglos y que empezó hace más de tres mil años, cuando la atmósfera de Marte empezó a dar señales de agotamiento. Ahora —añadió Melba—, estamos trabajando para hacerla respirable de nuevo y vivir otra vez en la superficie.

* * *

—La nave de mi tío, el profesor Gwoll, debió de posarse no muy lejos de aquí —dijo Melba, pocos momentos más tarde.

Todavía se hallaban en el interior de la nave. Herris contempló anonadado aquellos elevados farallones que se elevaban a varios centenares de metros sobre su cabeza.

—Y decían que Marte era liso —comentó.

—Comparado con la Tierra, donde hay alturas como las del Everest, próximas a los nueve mil metros, el calificativo es muy apropiado. Aquí, son raras las cotas superiores a mil quinientos o dos mil metros.

Por el lado opuesto a los farallones, el panorama se descomponía

en una extensísima llanura, de suaves ondulaciones, que alcanzaban hasta la línea del horizonte. No lejos de éste, se divisaban, a trechos, unas superficies brillantes, como de espejos, que surgían y desaparecían entre las ligeras elevaciones del suelo.

—Es el canal Sardn —dijo Melba.

—Luego existen los canales marcianos —exclamó Sófocles.

—Pero no en la forma en que ustedes, les terrestres, han creído desde que Schiaparelli los descubrió, en la segunda mitad del siglo pasado. Son larguísimos valles naturales, de cientos de kilómetros de anchura, originados naturalmente y por cuyo fondo corren las aguas de los deshielos. Nada de canales debidos a la ingeniería marciana, ¿estamos?

—Eso explica muchas cosas —dijo Herris—. Melba, habrá que usar traje de vacío al salir fuera de la nave.

—Por supuesto, pero no tendremos necesidad de salir de ella al exterior del planeta. Esperen unos momentos, por favor.

Herris observó entonces que uno de los instrumentos del tablero, tan grande como el teclado de un órgano, oscilaba con distintas intermitencias. Buceó en su memoria, pero no pudo recordar nada de aquel cuadrante.

Su instrucción no había sido completa, por tanto. Melba se había reservado el conocimiento de algunos de los instrumentos del aparato.

Pero no era difícil deducir el objeto de aquellas oscilaciones. Melba estaba llamando a alguien y anunciándole su llegada, en un código desconocido para él.

El centelleo se hizo vivísimo durante unos segundes. Luego, de pronto, Melba se sentó ante los mandos.

—Bien —dijo —, ha llegado el momento.

La nave se elevó cosa de un par de metros sobre el suelo y avanzó lentamente hacia los farallones. Inesperadamente, Herris descubrió una profunda grieta en lo que parecía una sólida muralla de roca.

La hendidura tenía la anchura suficiente para el paso de la nave, aunque era preciso moverse muy despacio para no tropezar con sus paredes. El trazado de la grieta era más bien irregular, casi serpenteante, con curvas de ángulo pronunciado. Pronto perdieron de vista la llanura.

De repente, la nave desembocó en lo que parecía un gigantesco pozo, de paredes casi verticales, cuyos bordes se perdían de vista en las alturas. Entonces, Herris y Sófocles, anonadados, vieron dos cosas que llamaron especialmente su atención.

Había un enorme montón de restos metálicos en uno de los lados del pozo. En una gran plancha de metal, pudieron leer unas letras pintadas más de diez años antes en la Tierra.

La otra cosa que atrajo su atención era un enorme muro de

cemento completamente liso, con una gran puerta en su parte inferior y central.

—Por ahí se entra a la capital de Marte —dijo Melba.

CAPITULO X

—Estoy viendo los restos de la astronave del profesor Gwoll —dijo Sófocles.

—Nada más cierto —admitió Melba, atenta a los mandos del aparato—. Pero ya llegarán las explicaciones.

El aparato se acercó a la compuerta, de forma rectangular y del tamaño suficiente para permitir el paso de la nave. Herris estaba mudo de emoción.

Las colonias terrestres se hallaban en el hemisferio opuesto. Aunque hubieran establecido a unas pocas decenas de kilómetros tan sólo, habría sido muy difícil encontrar la entrada a la capital del planeta.

Conocía ya a una marciana, pero sintió una vivísima emoción al pensar que ahora iba a conocer a todo un mundo, una civilización humana, pero no terrestre y, en cierto modo, absolutamente distinta de la suya.

¿Cómo era posible que dos ramas de la especie humana se hubieran mantenido tan obstinadamente separadas decenas de siglos?

Aquel, podía decirse, iba a ser el primer contacto entre las dos civilizaciones. Esperaba que saliese algo bueno de aquel encuentro.

La compuerta se levantó silenciosamente a lo alto, dejando ver un oscuro hueco de unos cien metros en cuadro. Al otro lado de la entrada no se veía aún a nadie.

Lentamente, la nave cruzó la entrada y se posó en el centro de la oquedad, con toda evidencia, construida por manos inteligentes. Segundos más tarde, la compuerta volvió a descender.

La oscuridad se hizo en la caverna. Súbitamente, Herris notó que la nave se movía hacia abajo.

Estaban en un elevador del tipo usado en los antiguos portaaviones. El descenso duró escasamente medio minuto, al cabo de cuyo tiempo cesó.

Todavía continuaba la oscuridad. La nave se desplazó lateralmente unos metros. Herris comprendió que era para dejar libre el ascensor y que volviera a convertirse en suelo de la caverna superior.

Todavía pasó otro minuto. De súbito, se hizo la luz.

Las tinieblas se disiparon. Herris y Sófocles miraron ávidamente a través de las lucernas.

Varias personas se acercaban al aparato. Todos eran hombres.

La vestimenta de los marcianos no tenía nada de particular ni mucho menos de fantástico: blusas holgadas, de manga corta, y pantalones ajustados, todo de color crema. Ninguno llevaba casco ni otros distintivos, pero Herris sí pudo ver, con no poca alarma, que todos aquellos hombres estaban provistos de paralizadores.

—Bien —dijo Sófocles, rompiendo el silencio—, aquí tenemos a los auténticos marcianos.

—Que no tienen rabo, ni seis ojos y tentáculos —sonrió Melba—. Ha llegado la hora de desembarcar, caballeros terrestres.

Los marcianos esperaban al pie de la nave. Melba manejó los mandos de apertura de la escotilla y de despliegue de la escalera y luego se dirigió hacia la salida.

Saltó al suelo, seguida de sus dos acompañantes. Uno de ellos se destacó del grupo.

—Eres Melba Layn —afirmó.

—Sí, la misma.

—Soy Vinj, capitán —se presentó el marciano—. Tengo una orden del gobierno central.

—¿Sí?

—Tú y tus acompañantes quedaréis arrestados por el momento, hasta que el gobierno central decida sobre vuestra suerte.

* * *

—Nos toman por criminales —dijo Sófocles, en el colmo de furor—. ¡Señorita Layn, usted cometió un tremendo error al tirar mi pistola al espacio!

Melba estaba confundida.

—Capitán Vinj, te aseguro que...

—No sigas hablando —cortó el marciano fríamente—. Mis órdenes son muy concretas. Sígueme. Y di a tus compañeros que no opongan resistencia.

—Entiendo el marciano —gruñó Herris.

—¿Qué dice? —preguntó Sófocles, quien, lógicamente necesitaba que le fuera traducida cada frase.

—Nada, que no hay que oponer resistencia.

—Si tuviera aquí mi pistola...

Melba parecía anonadada.

—Han ganado ellos —murmuró.

—¿Quiénes? —preguntó Herris.

—Los «halcones».
—Partidarios de la guerra, ¿eh?
Vinj hizo un ademán. Melba asintió.
—Vamos —se dirigió a los terrestres.
Iniciaron la marcha, rodeados por sus captores, en cuyas caras, ciertamente, no se advertía demasiada hostilidad. Entonces, Herris divisó una enorme columna de una sustancia semejante al cemento que atravesaba verticalmente el subterráneo.
Había alguna columna más, pero aquella tenía un diámetro excepcional. Herris calculó que no bajaba de los cien metros.
Vinj se dirigió a otra columna mucho más delgada y abrió una puerta.
—Entren —ordenó.
Momentos después, se hallaban en la plataforma de un ascensor que se movía hacia abajo a gran velocidad. El descenso duró cosa de un par de minutos.
Herris calculó la velocidad del aparato en unos diez metros por segundo. Midiendo la duración del viaje, obtuvo un resultado que le dejó anonadado: mil doscientos metros de profundidad, a contar de la segunda caverna.
El ascensor se detuvo con suave frenada. Vinj abrió la puerta y salieron fuera.
Entonces, los dos terrestres contemplaron un espectáculo que les dejó pasmados, con la boca abierta de par en par.
—Esta es la capital de Marte —dijo Melba—. Sólo siento que su primer conocimiento de la ciudad haya tenido que realizarse en tan amargas circunstancias.
Hubiérase dicho que era una ciudad terrestre, salvo por el hecho de que se hallaba situada a gran profundidad bajo la superficie del planeta. Las bóvedas rocosas se elevaban a centenares de metros de altura y no daban en momento alguno sensación de pesadumbre.
Pero había un detalle que diferenciaba la ciudad, y eran las gigantescas columnas que surgían del suelo de cuando en cuando y llegaban a la bóveda. Algunas medían incluso doscientos metros de diámetro.
—¿Columnas de sustentación? —dijo Herris.
Melba meneó la cabeza en silencio. Herris se dio cuenta de que la joven no tenía muchas ganas de explicaciones.
Los edificios se perdían de vista. La luz, por supuesto, era artificial, pero parecía brotar de todas partes. La temperatura era agradable, no agobiaba ni tampoco producía sensación de frescor.
—Vengan por aquí —ordenó Vinj.
El marciano les guió hasta una construcción de forma cúbica, situada a extramuros de la ciudad. A lo lejos se veían personas, pero

no parecían interesarse por los recién llegados.

La casa estaba rodeada por una elevada tapia de cemento, ante cuya puerta había un centinela armado con un paralizador. Herris calculó que cada lado de la tapia medía irnos cien metros de largo.

El centinela abrió. Vinj dijo:

—Entren.

Melba dio dos pasos hacia adelante. Vinj extendió la mano.

—No, tú no —prohibió—. Ellos sí.

La joven intentó protestar.

—Pero...

—¡Obedece!

Melba dirigió una amarga mirada a Herris.

—Lo siento. Yo no contaba con esto —manifestó.

Sófocles emitió un gruñido.

—Viajar a Marte para acabar haciendo el espeleólogo es cosa con la que yo no había contado.

Herris cruzó la entrada. Entonces vio que el patio rodeado por la tapia tenía árboles y plantas muy parecidas a las terrestres.

Había varios hombres paseándose por aquel lugar. Uno de ellos les vio y lanzó un agudo grito:

—¡Eh, chicos, mirad! ¡Parece que han venido unos terrestres!

Los prisioneros suspendieron sus paseos. Uno de ellos corrió en primer lugar hacia los recién llegados. De pronto, emitió una aguda exclamación:

—¡Sófocles!

El grito de Sófocles no fue menos estridente:

—¡Capitán Awlding!

Herris creía soñar. Pero... ¿no había ido Awlding a la Tierra a lanzar una amenaza de guerra?

* * *

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Sófocles.

—Unos cuantos meses tan sólo —respondió Alwding—. Hasta entonces, habíamos gozado de absoluta libertad. Un día, sin saber cómo ni cuando, nos detuvieron y nos trajeron aquí. Eso es todo lo que sabemos.

Los prisioneros rodeaban a los recién llegados, ávidos de conocer noticias de su planeta. Las preguntas brotaban de todos los labios en continua cascada.

—Ya tengo ganas de volver allí —dijo uno de ellos—. A mi mujer y mis hijos les gustará la Tierra, una vez se hayan acostumbrado a la mayor gravedad.

Herris respingó.

—¿Mujer? ¿Hijos?

—Los solteros se casaron con chicas marcianas —dijo Awlding—. Tenían mucho éxito y ellas no son feas, la verdad. Se celebraron lo menos veinte matrimonios y todos dieron buen resultado. Hablo por propia experiencia, claro.

—Pero ahora estamos inquietos por nuestras mujeres y nuestros hijos —manifestó uno de los expedicionarios—. Estos tipos son capaces de haber tomado represalias también con ellos.

—Un momento —dijo Herris—. Antes han dicho que gozaban de absoluta libertad. Sin embargo, no pudieron volver a la Tierra.

—¿Por qué? —inquirió Sófocles.

—La nave no funcionaba —respondió Awlding.

—Es raro —comentó Herris—. ¿No había especialistas capaces de repararla? ¿Qué me dice del profesor Gwoll?

—Él mismo fue el que dijo que las averías no tenían reparación posible. Había algunas partes de la nave cuyo funcionamiento sólo era conocido de Gwoll.

—Una astuta idea para retenerles aquí —dijo Herris—. ¿Qué ha sido de Gwoll?

—No puedo decirlo. Hace tiempo que no le vemos.

—¿Salieron los marcianos a buscarles?

—Sí, claro. De otro modo, ¿cómo íbamos a encontrar nosotros este subterráneo?

—Tomaron tierra en la llanura, ¿no?

—Cierto —admitió Awlding.

—Capitán, ¿sabe usted que los restos de la nave están en el pozo que da a la entrada de la ciudad?

Era Sófocles el que había hablado. Awlding le miró con gran asombro.

—¿Los restos de la nave? ¡Imposible, señor!

—Lo hemos visto nosotros mismos —afirmó Herris.

—Es más —añadió Sófocles —, con elementos de la nave, se construyó otra que llegó a la Tierra hace unos pocos meses.

Awlding y sus compañeros estaban atónitos.

—Es increíble —dijo el primero.

—No existe la menor duda al respecto —habló Sófocles, muy serio —. Pero todavía hay otra cosa mucho más extraña. Capitán, ¡sería usted capaz de jurar que ha permanecido estos diez años en Marte, sin abandonar el planeta?

—Por supuesto. Y todos mis compañeros, podrán corroborarlo...

—Entonces, ¿quién diablos es el sujeto que se presentó en la Tierra, haciéndose pasar por usted?

Awlding creía soñar.

—¿Cómo? ¿Que un marciano llegó allí... y dijo que era yo? ¿Pero

es que no me conocía nadie? Tenía padres, hermanos... Usted también me conocía, señor.

—Nos engañó a todos, Awlding —dijo Sófocles—. Incluso a mí, porque ese tipo tenía su exacta apariencia, con una semejanza superior incluso a la que habría podido tener un hermano gemelo de usted, capitán.

—No comprendo...

Herris levantó la mano en aquel momento.

—Hay otra cosa que, en cierto modo, me preocupa más —declaró —. Estos hombres fueron retenidos aquí con engaños. No obstante, gozaron de una amplia libertad. Incluso se casaron con marcianas, mezclando sus sangres. De repente, sin previo aviso, sin explicación alguna, son detenidos y confinados lejos de sus familias. ¿Por qué? ¿Quién puede dar alguna respuesta a esta pregunta?

El silencio que recibió, dijo a Herris que nadie, en efecto, conocía tal respuesta.

CAPÍTULO XI

Herris, Sófocles y Awlding se reunieron en conferencia, en una de las habitaciones de la casa, amueblada con muebles elegantes estilo y, naturalmente, sostenidos por antigravedad.

—Awlding, el falso, claro, fue a la Tierra a anunciar los propósitos de Marte de declararles la guerra, si no cesan las expediciones a este planeta. El asunto parece ir en serio, si se tienen en cuenta las manifestaciones de Melba.

Era Herris el que había hablado. Sófocles movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, dijo que Awlding pertenecía al bando de los «halcones».

—Y donde hay «halcones», hay «palomas», aunque parece ser que éstos llevan las de perder. Nosotros somos la mejor prueba —intervino el auténtico Awlding,

—Pero, bueno —exclamó Herris —, la colonización se realiza en forma pacífica. No hemos traído ni una mala pistola...

—-Pero es «su» planeta —dijo Sófocles.

—Entonces, ¿por qué no han intervenido durante este tiempo? —preguntó Awlding.

—Posiblemente, porque estos diez años los «palomas» tenían mayor ascendiente. Se ha producido un cambio en la política y los «halcones»

son los que tienen ahora la sartén por el mango.

La explicación de Herris parecía sensata.

—¿Qué clase de armas emplearán? —dijo Awlding.

—No lo sé, pero, ¿por qué no enviar una delegación a la Tierra y hablar claro? Podrían decir: «Señores terrestres. Marte es nuestro planeta y no queremos que lo colonicen. Pueden ir allí cuanto quieran, pero siempre como nuestros huéspedes». Nosotros haríamos lo mismo y todos tan contentos.

—Sí, pero siempre hay tipos a los que le gusta el olor de la pólvora —dijo Sófocles suspirando.

—Eso es cierto —reconoció Awlding.

—Muy bien —habló Herris—. Pero todo esto, por el momento, no son sino especulaciones. Hablemos de otras cosas más interesantes.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Sófocles.

—Nuestra situación. Estamos presos. No cabe la menor duda. Pero, ¿qué piensan hacer con nosotros?

—Nunca nos han dicho nada al respecto —declaró Awlding.

—Pueden ocurrir dos cosas. O bien nos sueltan o...

—¿O qué?

—Si el conflicto se endurece y llega a una fase máxima, acaban con nosotros.

Sófocles respingó.

—¡Diablos, no hemos hecho daño a nadie!

—Estamos presos y lo menos que podemos considerar es que somos rehenes. Y con un rehén se pueden hacer muchas cosas, incluso rebanarle el pescuezo.

—Había empezado a querer este planeta, pese a vivir siempre bajo tierra —murmuró Awlding—. Tengo esposa y cuatro niños preciosos, y ambos se sienten orgullosos de tener un marido y un padre terrestre. Todos están ansiosos de conocer mi planeta. Pero, ¿pensarán ahora igual?

—¿Por qué habían de pensar de otra manera?

—preguntó Herris.

—Muy sencillo: les habrán bombardeado con propaganda antiterrestre, que nosotros no hemos podido contrarrestar. Al cabo de repetir mil veces una mentira, acaba tomándose por una verdad concluyente.

Herris se mostró preocupado por aquella posibilidad.

—Awlding —dijo —, ¿han intentado escapar de aquí?

—No. Hay centinelas continuamente al otro lado del muro. Es imposible.

El joven se rascó la mejilla con aire pensativo.

—Yo no estoy dispuesto a que me tengan preso una larga temporada... y acabar tal vez con la espalda contra un paredón.

Awlding, he visto luz en el subterráneo. ¿Está constantemente encendida?

—No. Hay períodos de oscuridad, destinados al descanso. Naturalmente, la luz no se extingue totalmente, sino que queda una especie de penumbra que no impide caminar por las calles de la ciudad.

Herris fijó los ojos en Sófocles.

—Voy a escaparme —anunció.

—No conoce la ciudad —objetó el director.

Herris sonrió.

—Tuve una semana de aprendizaje hipnopédico

—contestó—. Conozco bien las costumbres marcianas y su idioma.

—Bien, pero qué hará fuera de aquí?

—Lo primero, buscar a Melba.

—Lógico. ¿Y después?

—Entre los dos, encontraremos a Gwoll. No olvidemos que Gwoll permaneció más de veinte años en la Tierra.

—Treinta, diría yo. Su nombre ya me sonaba cuando era estudiante de primero de ingeniería —hablo Sófocles, cuya edad avalaba sus palabras.

—Bueno, treinta años, tanto da. ¿Por que estaba en la Tierra desde hacía tanto tiempo? ¿Cuáles eran sus propósitos? ¿Era un «agente durmiente» que, de pronto, recibió la orden de actuar? ¿Por qué no permitió que los miembros de su expedición volvieran a la Tierra? Además, Gwoll tiene que saber que después han llegado otras expediciones. ¿Por qué no quiso entrar en relaciones con sus componentes?

—Demasiadas preguntas —gruñó Sófocles.

—Por eso quiero encontrar yo las respuestas declaró Herris tajantemente.

En la Tierra serían las cuatro de la madrugada, pensó Herris, mientras, silenciosamente, avanzaba a través del jardín que rodeaba el encierro de sus compañeros. Awlding, Sófocles y varios más le acompañaban con idéntica cautela.

La luz era escasa, pero permitía ver a cierta distancia. Herris sabía que disponía todavía de un par de horas de tiempo.

Llegó al pie de la tapia, cuya altura era de unos tres metros. Awlding y los demás se dispusieron a izarle, en una de las esquinas del recinto murado.

Segundos después, Herris asomaba la cabeza por el borde. El centinela de la puerta parecía distraído.

Más cerca, por el lado contrario, otro marciano se paseaba con aire aburrido. Sin embargo, no rebasaba nunca aquel lienzo de tapia.

«No voy a tener más remedio que pelear», se dijo.

Terminó de izarse y se tendió boca abajo sobre la barda. Esperó unos momentos y luego se dejó caer de golpe sobre el vigilante.

El marciano cayó al suelo, aturdido por la sorpresa. A pesar de todo, intentó revolverse.

Un puñetazo de Herris lo dejó sin sentido instantáneamente. Acto seguido, le despojó de sus ropas, así como del paralizador, que guardó bajo la blusa.

Algunos de los miembros de la primera expedición habían querido acompañarle. Herris se había negado rotundamente.

Todos tenían familias, en Marte o en la Tierra. Pero sobre todo no quería que las familias de los casados sufrieran represalias.

Instantes después, caminaba hacia la ciudad. No sabía dónde podía hallarse Melba y se iba a enfrentar con una población de varios millones de habitantes, pero estaba resuelto a encontrar a la joven.

* * *

¿En qué trabajaban los marcianos?, se preguntó, desde la puerta de una casa donde la gente restauraba sus fuerzas.

En Marte se había llegado al estado perfecto de toda sociedad: no se conocía el dinero. Para alimentarse, sólo era preciso buscar un establecimiento a ello dedicado, entrar y acercarse a una máquina dispensadora de comida.

Había muchas máquinas en cada establecimiento. Todas eran iguales y disponían de una especie de tablero de mandos, donde el hambriento marcaba la cantidad de comida que deseaba injerir.

Había aceras deslizantes por todas partes, que se cruzaban a distinto nivel. Ello facilitaba los desplazamientos, sobre todo, teniendo en cuenta que cada uno podía elegir la acera con la velocidad adecuada a sus necesidades.

Lo que más asombró a Herris fue aquellas enormes columnas que se divisaban de trecho en trecho, ninguna de las cuales bajaba de los cien metros de grosor. Todas salían del suelo y llegaban hasta la bóveda. Su exterior era absolutamente liso y, si eran huecas, no se veía la entrada.

La comida era buena, no demasiado sabrosa, sin embargo. En Marte, por lo que estaba viendo, interesaba satisfacer las necesidades del cuerpo, no los caprichos del paladar.

—Aquí, un buen cocinero se haría de oro...—pensó, mientras atacaba un plato lleno de una sustancia verdosa, de consistencia casi sólida, pero escasa de sabor.

Luego rectificó la idea. Si no había dinero, ¿cómo se enriquecería ese supuesto cocinero?

—Bueno, al menos, cambiaría los gustos de esta gente.

Terminó de comer. Platos y cubiertos fueron a parar a la ranura de un triturador de desperdicios. Acto seguido, se asomó a la puerta.

Nadie parecía reparar en él. La gente iba y venía a sus quehaceres.

—Lo mismo que en la Tierra.

Debía de haber fábricas, pensó. Había máquinas que cuidar, ropas que elaborar, alimentos para cocinar... Cada uno, pensó, tendría su empleo asignado y cumpliría su jornada de trabajo, a cambio de la alimentación, alojamiento y vestuario.

¿Y nada más?

¿No existían otros alicientes? Diversiones, recreos, juegos, espectáculos... La vida en Marte, ¿consistía solamente en trabajar, alimentarse, tener una familia... y descansar?

Una perspectiva más bien desconsoladora pero que, sin embargo, había sido aceptada con agrado por los tripulantes de la nave de Gwoll.

De pronto, Herris oyó una voz suave que sonaba por encima de su cabeza:

—Atención al terrestre evadido... atención al terrestre evadido... ¿Nos escucha, capitán Herris? Creemos que sí, puesto que no conoce la ciudad y debe de andar perdido en ella. Vuelva a su encierro, vuelva a su encierro... No trate, con su estúpida actitud, de causar daño alguno a sus compañeros. Repito: vuelva a su encierro...

CAPITULO XII

Las advertencias se prolongaron todavía durante algunos minutos.

Herris comprendió que en cada casa de la ciudad debía de haber altavoces, que transmitían órdenes e indicaciones de modo que cualquier interesado pudiera escucharlas.

En esta ocasión, el interesado era él.

Y sus compañeros.

La ira inundó su ánimo. Estaba seguro de que aquella intimación procedía del falso Awlding, el autor del ataque contra la nave cuando estaban llegando a Marte.

¿Debía arriesgar la vida de sus compañeros por encontrar a Melba?

—Algunos tienen ganas de buscarse conflictos —oyó una voz a su lado.

—Estábamos bien sin los terrestres. ¿Por qué vinieron a nuestro planeta? —comentó otro.

Un tercero dijo:

—¿Y por qué no salimos nosotros a su encuentro? ¿Qué nos impidió entablar contacto con ellos? Las relaciones con los terrestres habrían resultado fructíferas. Y si no que se lo pregunten a esas chicas que se casaron con los terrestres.

«Al menos, tenemos un partidario», se dijo Herris, sin dejar de simular indiferencia.

—Hemos vivido aislados durante demasiado tiempo y eso no es bueno —continuó un individuo.

—La Tierra quiere invadirnos —insistió el otro.

—Porque no saben que existimos. Su comportamiento sería diferente si supieran que Marte está habitado.

Naturalmente, hablaban en marciano, pero Herris entendía perfectamente la conversación.

—Es más —siguió el mismo —, los que están ahora en el gobierno, quieren arrastrarnos a la guerra. Y yo digo que una guerra no resuelve nunca nada. Nuestro número es infinitamente menor que el de los terrestres. Éstos también tienen armas poderosas. Aunque matásemos a las nueve décimas partes de su población, siempre quedarían veinte o treinta veces más que nosotros...

Herris se preguntó por qué el número de marcianos era tan escaso. ¿No parecía lo más lógico suponer que la población del cuarto planeta había ido aumentando con el transcurso de los tiempos?

Los marcianos que discutían se marcharon, quedando uno de ellos solamente, precisamente el que defendía la posición de contactos con la Tierra,

Herris decidió aprovechar la ocasión.

Se acercó al hombre.

—Soy el terrestre evadido —le espetó sin más preámbulos—. Me llamo Mark Herris.

El marciano le contempló con profundo asombro.

—Increíble —murmuró.

—Es cierto. He oído lo que hablabas con tus compañeros. ¿Quieres ayudarme? Por favor, dime tu nombre...

—Rhesn —contestó el marciano—. ¿Ayudarte, dices?

—Si no tienes miedo de comprometerte.

Rhesn sacudió la cabeza.

—No me ocurrirá nada —contestó—. ¿Qué quieres?

—Poca cosa. Indícame dónde está la sede de vuestro gobierno.

—Ven conmigo —dijo Rhesn resueltamente.

Salieron de la casa y se subieron a una acera deslizante. El plan de Herris era sumamente audaz.

El aviso de los altavoces tenía un origen. Alguien lo había emitido. Tenía autoridad para ello.

Esa persona no podía ser más que el falso Awlding. Y Awlding, el marciano, tenía que hallarse en algún edificio prominente.

El razonamiento no podía ser más simple. Si a ello se agregaba el recibimiento de que habían sido objeto a su llegada a la ciudad subterránea y la separación de Melba, el cuadro quedaba completo.

Por toda arma, Herris llevaba el paralizador arrebatado al centinela. Podría lanzar diez o doce descargas, después de lo cual, el arma se convertía en una cosa inútil.

Pero no por ello pensaba desistir de sus propósitos.

* * *

—Ese es el edificio del gobierno.

Al mismo tiempo que hablaba, Rhesn desembarcaba de la acera deslizante en que habían viajado hasta entonces. Herris le siguió en el acto.

Durante unos instantes, contempló el caserón, de pocos pisos, pero extenso en longitud y anchura. Se preguntó en cuál de aquellas ventanas hallaría al falso Awlding.

—Gracias, Rhesn —dijo—. No es necesario que me acompañes más; sentiría mucho ponerte en un compromiso por mi culpa.

Rhesn sonrió.

—Sólo me resta desearte buena suerte —contestó—. Creo que el contacto mutuo entre nuestros planetas nos depararía muchos más beneficios que la guerra al vencedor.

—Estoy contigo —dijo Herris—, Y creo que acabaremos por frustrar los sueños de unos cuantos desequilibrados. Adiós, Rhesn.

—Adiós, Mark.

Acto seguido, el joven se encaminó con paso firme hacia el edificio. No sabía dónde podría encontrar al falso Awlding, pero creía tener una buena solución para resolver el problema.

Se acercó a una de las grandes puertas que permitían el acceso al edificio. Era curioso, no había nadie guardando la entrada, centinelas ni porteros. «Por lo visto, pensó estiman que son cargos inútiles».

Los marcianos debían de preferir el empleo de los posibles centinelas o porteros en otros puestos más útiles. «En lo cual no dejan de tener buena parte de razón», se dijo Herris.

Cruzó el umbral, que daba a un vasto zaguán, del que arrancaban dos rampas en espiral que conducían a los pisos superiores. La pendiente era muy suave y por el centro de cada rampa subían y bajaban dos ascensores.

Acometió la rampa más próxima. Subió al primer piso y se asomó a una puerta, viendo a un grupo de personas, hombres y mujeres, afanados ante una serie de máquinas que le parecieron computadoras.

«Burócratas». pensó.

Siguió mirando en los pisos sucesivos. No parecía que de ninguno de ellos hubiese salido el aviso radiado a través de miles de altavoces.

Empezó a flaquear. ¿Y si el falso Awlding estaba en otro lugar?

Pasó al bloque contiguo, correspondiente a la otra rampa. Examinó dos habitaciones más, todas ellas grandes, extensas, ocupadas por marcianos trabajando, hasta que, de pronto, al abrir la siguiente puerta, oyó una voz:

—Atención al terrestre evadido... Atienda, capitán Herris... Vuelva a su sitio inmediatamente... Le damos una hora tan sólo para...

Herris no escuchó más. Hinchó el pecho. Al fin había alcanzado el objetivo.

Había un hombre en pie ante una gran caja metálica, una de cuyas caras estaba cubierta de lamparitas de colores e indicadores instrumentales. El hombre hablaba con naturalidad, sin micrófono ante los labios ni papel con el texto de la transmisión. Era evidente que la escasa longitud del mensaje hacía innecesario el texto escrito.

Herris aguardó a que el individuo hubiese terminado de hablar. Entonces cruzó el umbral y cerró la puerta.

—Hola —sonrió el terrestre.

—Hola —contestó el marciano—. ¿Qué quieres?

—Traigo noticias. He visto al capitán Herris.

Los ojos del locutor chispearon.

—Interesante —contestó—. Dime, ¿dónde lo has visto?

—Bueno, es que...

—Vamos, vamos, el ministro Hkaver está esperando ansiosamente esa noticia.

Herris decidió lanzar un globo sonda.

—Hkaver es el ministro que fue a la Tierra para avisarles que nos dejaran en paz, ¿verdad?

—Así es. Tomó el aspecto de uno de los terrestres capturados y...

—Un hombre de gran inteligencia —alabó Herís—. ¿Está ahora en el edificio?

—No, se fue al lugar donde están encerrados los terrestres.

—Pero tú puedes ponerte en contacto con él.

—Por supuesto.

—Bien, en ese caso, dile que he visto al evadido en la intersección de la avenida Noventa con la Doce. Estaba en un restaurante comiendo...

El locutor elevó una mano.

—Es suficiente. Aguarda un momento.

Herris esperó, mientras el marciano hablaba a través de la radio. Apenas hubo terminado, se volvió hacia su informador.

—Irán a capturarle ahora mismo —sonrió el locutor—, Hkaver

quiere tu nombre para felicitarte públicamente por tu cooperación.

—Welly —dijo Herris, soltando la primera palabra que le vino a la mente—. Oye, ¿tú sabes dónde está encerrada la joven que vino de la Tierra? Era muy amiga de mi familia...

—Claro que sí; está en el edificio situado en la parte posterior. Pero no se puede visitarla sin permiso del propio Hkaver.

—Bueno, dale mi nombre y pídele ese permiso.

El locutor empezó a mirarle con desconfianza. Herris adivinó en el acto su cambio de actitud.

—¡Mira! —exclamó de pronto, señalando hacia el tablero de instrumentos—. ¡Creo que algo anda mal!

El marciano volvió la cabeza instintivamente. Un pesado puño cayó sobre él fulminándolo en el acto.

—Lo siento, amigo, pero no puedo dejar que interfieras mis proyectos.

Luego se acercó al enorme bloque de comunicaciones y lo examinó durante unos momentos. Todo era nuevo para él y no se veían cables ni conexiones que salieran al exterior.

Buscó con la vista y divisó una silla a pocos pasos. Con ella en la mano, empezó a golpear los indicadores y las protectoras de cristal de las lámparas. De pronto, se produjo un fuerte chispazo y el cajón entero empezó a despedir humo.

Se oían fuertes chasquidos en su interior. Herris sonrió satisfecho mientras corría hacia la puerta. Abrió y miró hacia la rampa.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó.

Una gran confusión se produjo en aquel momento. A favor de la misma, Herris pudo escapar sin que nadie reparase en él.

* * *

Se enjugó el sudor de la frente con la manga al doblar la esquina del edificio y aparecer frente a una gran explanada, en uno de cuyos lados se veía una casa de dimensiones reducidas. Allí sí había un centinela en la puerta.

Herris avanzó con paso firme. El centinela, momentos después, le detuvo con seco ademán:

—No pases, no se puede entrar.

—Vengo a relevarte —dijo Herris audazmente.

—En ese caso, dame la tarjeta de relevo.

—No te fías de mí, ¿eh?

—Ya conoces las reglas. ¡La tarjeta!

—La tengo aquí —dijo Herris, alargando la mano.

El centinela picó. Al bajar la cabeza un poco, la mano de Herris se convirtió en puño.

Inmediatamente, cogió en brazos al guardia y lo arrastró al interior de la casa.

—Puede que tengáis armas más poderosas que las nuestras, pero aún tenéis que aprender un poco de nosotros —dijo.

Le quitó el paralizador y luego lanzó un fuerte gritó:

—¡Melba! ¡Melba! ¿Dónde está?

Pasaron algunos segundos. De pronto, en el piso superior, único del edificio, se oyó la respuesta deseada :

—¡Aquí! ¡Suba, Mark!

CAPITULO XIII

Herris trepó por la rampa a largas zancadas. No tardó en hallarse en un extenso corredor, con dos únicas puertas.

Se dirigió a la más alejada de la rampa. La voz de Melba había salido de ella.

—¿Está bien, Melba? —preguntó a través de la puerta.

—Sí, pero no puedo salir. La puerta está cerrada con llave.

Era de metal. Herris torció el gesto.

—Aguarde un momento.

Bajó al piso inferior y registró al centinela, encontrándole un objeto parecido a un pequeño destornillador, pero sin parte plana. Regresó de nuevo y buscó un pequeño orificio, en el que introdujo la llave.

Melba oyó el ruido y dijo:

—Dos a la derecha y tres a la izquierda, Mark.

Instantes después, se oía un ligero chasquido. La puerta giró por sí misma.

Melba apareció ante sus ojos. Herris no se pudo contener y la abrazó estrechamente.

—Me siento muy contento de verla de nuevo —manifestó.

—Yo también —dijo ella, con ojos brillantes.

Y luego se ruborizó, cosa que le gustó mucho al terrestre.

—Si me suelta, no me caeré al suelo —dijo, de buen humor,

—Es que me gusta tenerla así —contestó Herris sonriendo.

—Pero no podemos permanecer abrazados toda la vida.

—Es una lástima —suspiró él—. ¿Dónde está Gwoll? ¿Lo sabe usted?

—Sí, se encuentra en este mismo edificio. Venga conmigo, Mark.

El joven la siguió. Mientras caminaban a lo largo del corredor,

Herris quiso saber por qué los habían encerrado a los dos.

—Awlding... bueno, el ministro Hkaver, es partidario de la guerra, ya lo sabe usted. Sencillamente, se opone a que publiquemos nuestros informes sobre su planeta. Además, la mayoría ignora nuestra llegada...

—Empiezo a comprender los propósitos de ese granuja —masculló Herris—. Algunos le estorbamos, ¿verdad?

—Exactamente.

—Pero, ¿por qué hace todo esto? ¿Qué mal le hemos causado nosotros?

—En la Tierra se llama xenofobia. Además, existen motivos de índole personal.

—Ambición —dijo Herris.

—Sí —confirmó Melba.

Era suficiente. En Marte no había riquezas, al menos en el sentido que tal palabra se usaba en la Tierra. Por tanto, las causas de la actitud de Hkaver no podían ser otras que las mencionadas, pensó Herris.

Abrió la siguiente puerta. Un hombre de edad les miró fijamente.

—Hola, tío —saludó Melba—. Te presentó al capitán Herris, de la Tierra.

—Profesor...—saludó el joven.

Gwoll dio dos pases hacia la pareja.

—Has conseguido escapar, Melba —dijo.

—Sí, tío. Gracias al capitán Herris, estamos libres los dos.

—Pero ahora corren peligro mis compañeros —dijo Herris. Consultó su reloj—. Hkaver dio una hora de tiempo y ya han transcurrido casi cuarenta minutos.

Gwoll torció el gesto.

—Ese maníaco está a punto de arruinar el plan que se ha seguido durante casi una decena de siglos —murmuró—. Pero vamos a ver si podemos evitarlo.

—¿Con qué armas? —preguntó Herris—. Yo sólo dispongo de un paralizador...

—Démelo —pidió Gwoll.

El joven obedeció. Gwoll hizo unas manipulaciones en el aparato y luego se lo devolvió a su propietario.

—Ya está —dijo.

—¿Qué has hecho, tío? —preguntó Melba.

—No creí necesario revelar nunca uno de los secretos mejor guardados —contestó Gwoll—. He transformado el paralizador en una pistola térmica.

Herris respingó.

—¿Un arma mortífera?

—Sí. No lo haga si no es absolutamente necesario; la violencia es algo desconocido en Marte desde hace siglos, pero no ha sido usted el primero en iniciarla.

—Si un solo de los terrestres sufre daños, Hkaver...

Melba agarró al joven por un brazo.

—Vamos, Mark, no perdamos tiempo.

—Yo iré con ustedes —dijo Gwoll—. Tengo ganas de verme las caras con ese miserable.

Inmediatamente, salieron de la habitación y descendieron por la rampa. 21 centinela continuaba en el suelo.

—Sólo está desmayado —explicó Herris.

Mientras caminaban en busca de una cinta deslizante, Herris hizo una pregunta a Gwoll.

—He visto numerosas columnas de un tamaño realmente inusitado. ¿Puede decirme para qué sirven?

—Esas columnas llegan a muchos centenares de metros de profundidad —contestó el científico—. Debajo de nosotros, existen vastos subterráneos en los que miles de trabajadores ponen a punto complejas máquinas, con las cuales esperamos mejorar las condiciones externas del planeta.

—¿De qué forma, profesor?

—Muy sencillo: haciendo que la atmósfera sea respirable.

Herris se quedó estupefacto.

—Pero... ¡eso es imposible!—exclamó.

—No lo creas —dijo Melba, tuteándole de pronto—. Es un proyecto que se inició hace casi mil años, cuando nuestros antepasados empezaron a darse cuenta de que la existencia bajo la superficie era perjudicial para los habitantes del planeta.

—Bueno, pero hay aire y luz...

—La luz es artificial. Al cabo del tiempo, ha llegado a producir un elevado índice de esterilidad en los matrimonios. Ahora, sólo uno o dos de cada cien matrimonios tienen un hijo. Como consecuencia de ello la población de Marte ha ido decreciendo continuamente con el paso de los tiempos y así ha llegado un momento en que sólo somos unos veintitantos millones.

Herris se quedó muy preocupado.

—A largo plazo, significa la extinción de la raza humana en Marte —dijo.

—No tan largo —contestó Melba—. Hace solamente cincuenta años terrestres, éramos casi cien millones. Por fortuna, el promedio de edad de los que vivimos actualmente no es muy alto; abunda la juventud y hay muchos medios de prolongar la existencia. Pero también somos mortales.

—El índice de mortalidad, a pesar de todo, es mucho más alto que

el de natalidad —intervino Gwoll—. De todas formas, un descenso tan espectacular en las cifras de población, en los últimos años, sólo se explica por el hecho de que hasta hace bien poco el promedio de edad de los habitantes de Marte era muy avanzado.

—A pesar de todo, aún mueren más que nacen —declaró Melba contundentemente.

—¿Y ustedes creen que podrán «construir» una atmósfera respirable?

—Sí —dijo Gwoll—. La presión actual existente es inferior a la que reina en la cima del Everest terrestre, es decir, la presión atmosférica correspondiente a una altitud superior a los nueve mil metros. Ahora bien, cuando miles y miles de «chimeneas» empiecen a lanzar oxígeno al exterior…

—¿Ha dicho miles, profesor? —preguntó Herris, estupefacto.

—Sí, justamente. Puede decirse que no hay punto del subsuelo marciano que no esté horadado con su correspondiente fábrica transformadora para producir oxígeno.

—Y no solamente oxígeno, sino que, como se obtiene de los minerales del subsuelo, los subproductos podrán aprovecharse también. Extraeremos el oxígeno mediante procedimientos de trituración y químicos, y quedarán luego metales y otras materias que tendrán un gran aprovechamiento —dijo la muchacha.

Herris se sentía anonadado.

Lo que estaba oyendo era la declaración de una tecnología avanzadísima. Reponer la atmósfera de Marte, hacerla respirable… Un sueño que se iba a hacer realidad.

—Habiendo oxígeno, habrá también no sólo vida animal, sino vida vegetal —continuó Gwoll—. Podrán sembrarse plantas, las que producirán vapor de agua. Habiendo humedad, habrá nubes y lluvias…

—Y Marte será habitable de nuevo —dijo Herris.

—Exactamente —corroboró Melba—. No se vivirá nunca como en la Tierra; las condiciones siempre serán más duras… pero no tendremos que refugiarnos en los subterráneos.

—Y viviendo en el exterior, la luz y el calor del Sol nos llegarán, por ínfima que sea su proporción y desaparecerá la esterilidad.

Herris miró de reojo a Gwoll.

—Profesor, creo que usted ha hecho ya ensayos para eliminar ese factor de despoblación de Marte —dijo.

Gwoll sonrió maliciosamente.

—Hasta ahora, que yo sepa, han dado un magnífico resultado. No hay matrimonio mixto que no haya tenido menos de tres hijos en estos diez años.

Herris miró a la joven. Melba se ruborizó en silencio.

—Bien —exclamó Gwoll de pronto—, creo que ya estamos dando vista al encierro de sus compañeros.

Instintivamente, Herris tocó el paralizador que llevaba bajo la blusa.

Ahora era un arma que podía matar.

* * *

La tapia que rodeaba el edificio donde se albergaban los terrestres estaba materialmente cubierta en su base por guardias armados, cuya actitud no parecía garantía de tranquilidad. Los tres, sin embargo, caminaron con paso firme hacia la puerta, que permanecía cerrada.

Se abrió cuando se hallaban a pocos metros de distancia. El marciano que se había llamar Liggton apareció en el umbral.

Liggton sonreía ufano.

—Veo que ha sido sensato, capitán Herris. Le felicito.

—Dentro de poco, le pediré hablar a solas, Liggton—contestó el aludido—. Entonces, le diré cuatro palabritas.

—¿Y por qué no me las dice ahora? —preguntó Liggton fanfarronamente.

—Porque hay una dama delante y podría escandalizarse.

La cara del marciano se congestionó.

—No está en condiciones de insultar, capitán, sino de acatar nuestras órdenes —dijo desabridamente.

—Se olvida usted de mi, Liggton —intervino Gwoll.

—¡Usted! —dijo el marciano en tono despectivamente—. Usted, que ha sido el causante de todo esto…

—¡Cállese! —ordenó el profesor imperativamente—. ¿Dónde está ese sujeto que se hace llamar Awlding?

Liggton hizo una profunda inspiración.

—Vengan por aquí —dijo, a la vez que se echaba a un lado.

CAPÍTULO XIV

Los terrestres prisioneros se paseaban nerviosamente por el jardín. Al ver entrar a los recién llegados, Sófocles y el auténtico Awlding corrieron hacia ellos.

—¿Qué va a pasar aquí? —preguntó Sófocles aprensivamente—. Quieren liquidamos…

—Ese maldito que se me parece tanto, ha hablado no se qué de las familias de los muchachos —dijo Awlding—. Los ánimos están muy excitados y, aunque no tenemos armas, no respondo de...

Herris le puso una mano sobre el hombro.

—Calma, Robert —dijo—. Dentro de poco habremos solucionado todo.

—Sigan —ordenó Liggton.

Al llegar a la casa, vieron a los tres esbirros del falso Awlding, los cuales iban armados con sendos paralizadores. Herris se preguntó si los habrían transformado en pistolas térmicas.

Malm miró al joven con sonrisa insultante. Herris estaba seguro de que el marciano se iba a desquitar ahora de las derrotas que él le había infligido.

Entraron en la casa. El falso Awlding les aguardaba en una de las salas, examinando con aire distraído unos documentos, que Herris estimó no tenían importancia.

Pero era preciso simular que estaba muy ocupado. Una «posse», simplemente.

—Veo que los han soltado —dijo el falso Awlding—. Siempre opiné que los terrestres eran muy audaces.

—Lo seguimos siendo —dijo Herris.

—Calma, capitán —terció Gwoll—. Herris está ya aquí, según has proclamado constantemente por la radio. ¿Qué quieres ahora, Hkaver?

—Conoces mi nombre auténtico, ¿eh?

—He tenido tiempo de sobra para hacer indagaciones. Todavía queda en Marte gente que me aprecia.

—Por poco tiempo, profesor. Vas a ser desposeído de todos tus cargos y enviado a una fábrica transformadora de minerales, lo mismo que los prisioneros. Y para toda la vida.

Miró a Melba.

—Tú también —añadió.

Ella contuvo un gemido. Herris cerró los puños.

—Vamos, que nos va a tener usted tirando de pico y pala mientras vivamos —dijo.

—Una frase metafórica, pero no por ello menos acertada —comentó Hkaver, antes Awlding—. Tendrán buenas herramientas, pero eso será todo. —Con ojos centelleantes, añadió —: Lo cual significa que no volverán a ver jamás la luz del sol.

—Está usted vendiendo la piel del oso antes de haberlo cazado —manifestó Herris.

—¿Qué quiere decir usted, capitán?

—Que todavía no hemos ido a una de esas fábricas.

—Pero irán. Y los demás terrestres les acompañarán, no sólo los que están aquí ahora, sino los que viven en las colonias del otro

hemisferio.

Herris se sobresaltó. Gwoll frunció el ceño:

—¡Cómo! —exclamó—. ¿También ellos...?

Hkaver se puso en pie.

—También ellos —afirmó—. Nuestro planeta debe quedar libre de extraños.

—¡Estúpido! —le apostrofó el profesor.

—Cuidado —gruñó Hkaver.

—Estúpido, repito. Vas a destruir mi obra de cuarenta años: treinta en la Tierra y diez aquí.

—Una obra nociva, destructora...

—No, sino beneficiosa para el porvenir de Marte. ¿Por qué crees que traje aquí a los terrestres de mi expedición? Todos los matrimonios mixtos fructificaron... Ni uno solo fracasó...

—Ésa ha sido precisamente tu culpa —bramó Hkaver—. Has mezclado las razas...

—No hay dos razas distintas, sino una sola —corrigió Herris—. Todos pertenecemos a la raza humana, marcianos o terrestres, tanto da.

Hkaver le lanzó una mirada incendiaria.

—Se equivoca, capitán. Somos marcianos y esa es una realidad que no se puede ocultar. Y no queremos mezclamos con ustedes.

—¿Por qué? ¿Sólo por xenofobia?

—El plan de Gwoll encierra la desaparición de la raza marciana.

—Estás loco, loco de remate —gruñó el profesor.

—Cuando en la Tierra se sepa la noticia de que hay marcianos, se organizarán numerosas expediciones. A la larga, los matrimonios mixtos se incrementarán. Dentro de cincuenta años, los marcianos, en Marte, estaremos en minoría. Marte será una colonia de la Tierra.

—Temo que usted no ha calculado bien todas las posibilidades — dijo Herris.

—Ustedes nos absorberán, por su sola superioridad numérica. Y eso es lo que yo quiero evitar.

—Los diez años de experiencia han dado frutos positivos. No hay resultados perniciosos en un enlace entre un terrestre y una marciana —dijo Gwoll, defendiendo su plan.

—Por eso mismo. ¿Es que crees que no me he dado cuenta del elevado índice de natalidad de esos matrimonios? En cincuenta años, pueden situarse en Marte varios millones de terrestres, máxime cuando se haga habitable merced a su nueva atmósfera. La fusión de esas dos razas, nos hará desaparecer...

—¡Y dale!—exclamó Herris enojado—. ¿Pero, es que no se da cuenta de lo que sucederá dentro de cincuenta años?

Hkaver le miró fijamente.

—Hable, capitán —pidió.

—Dentro de cincuenta años. Marte seguirá siendo Marte. Los terrestres que se establezcan aquí se convertirán en marcianos, pura y simplemente. Y... ¿no se da cuenta de que habrá infinidad de marcianos que quieran establecerse en la Tierra y convertirse en terrestres?

—Habrá una especie de trasvase que no producirá sino beneficios a las poblaciones de ambos planetas —intervino Melba—. Y el final, será el triunfo de la raza humana, no importa cuál sea el origen de cada individuo.

—Exactamente eso es lo que yo pensé desde el primer momento —dijo Gwoll—. El triunfo de la raza humana. Y dentro de siglos, cuando Marte empiece a convertirse en un planeta superpoblado, tendremos que emigrar a otros mundos, después de vencer dificultades sin cuento. Puede que el hombre no sea capaz nunca de vivir en los planetas mayores, pero éstos tienen satélites de gran tamaño, que acabarán por hacerse habitables. La expansión de la raza humaría es inevitable, pese a que tú quieras evitarlo.

—Lo que yo quiero es preservar a Marte de contactos perniciosos. Nos aplastarán.

—Nos fundiremos, que no es lo mismo —alegó Herris.

Hkaver hizo un gesto de impaciencia.

—Basta —cortó—. Todo está decidido ya.

—¿Quién lo ha decidido? —preguntó Gwoll—. ¿Tú?

—Tengo plenos poderes del gobierno para...

—¿Cuándo se ha celebrado una reunión para concederte algo que no se otorga sino en circunstancias muy excepcionales? ¿No será que tú mismo te has arrogado esos plenos poderes?.

Hkaver vaciló un momento.

—Estás obrando por tu cuenta —insistió Gwoll—. No tienes autoridad para emitir una sentencia como la que has anunciado antes.

—Si la tengo o no, vas a verlo muy pronto —contestó Hkaver desabridamente—. Liggton —llamó.

El aludido entró en el acto.

—¿Señor?

—Vamos a proceder al traslado de los prisioneros a la Unidad de Transformación número 1.837.

—¿Todos, señor?

—¡Todos!

Hubo una corta pausa de silencio.

Herris la rompió, diciendo:

—Hkaver, usted no sabe la tormenta que está a punto de caérsele encima —anunció.

—¿Quiere explicarse, por favor, capitán?

—Sí, pero, antes, dígame... ¿qué hará con las familias de los terrestres?

Hkaver calló durante unos instantes.

—Vamos, conteste —le apremió el terrestre.

—Está decidido ya —dijo Hkaver—. Serán dispersadas y se hará que los hijos olviden su origen. E... el gobierno se encargará de su cuidado y educación...

Herris soltó una risita.

—Hkaver, salga afuera y comuníqueselo a los prisioneros. Dígaselo y le harán trizas.

—No lo sabrán...

—¡Pero yo se lo diré!

Hkaver lanzó un rugido.

—Liggton, paralice a este insolente!

Herris se volvió en redondo y cargó con la cabeza gacha contra el marciano, derribándolo por tierra antes de que hubiese tenido tiempo de emplear el paralizador. Un seco golpe en la mandíbula acabó por cortar sus movimientos.

Acto seguido, Herris se puso en pie. Hkaver estaba lívido.

—Dispongo de más de cien hombres... —amenazó.

Y tres esbirros de confianza en la puerta —añadió Herris por su cuenta—. Hkaver, ignoro la clase de poder que tiene usted, pero no estamos dispuestos a secundar sus planes disparatados.

—No puede matarme —se burló el marciano—. No hay en Marte armas mortales, salvo de la clase que se emplearían para destruir un planeta.

—Como amenazó usted insensatamente a la Tierra. Creyó que lo escucharían y... ¿qué le sucedió?

Hkaver se puso colorado al recordar el bochornoso tratamiento de que había sido objeto cuando declaró que era marciano.

—Cometió un error tremendo —siguió Herris implacablemente—. ¿Cómo podía pensar que lo tomasen por marciano, si usted mismo había adoptado la apariencia del capitán Awlding? ¿Por qué no fue con su aspecto verdadero?

Hkaver no quería hablar. O no podía, pensó Melba.

—¡Vamos, contesta! —le acució Gwoll.

—Fue una idea absurda, disparatada —calificó Melba.

Hkaver parecía un animal acorralado. Fue a decir algo, pero en aquel momento sonó una voz a través de un altoparlante invisible.

—Habla el doctor Sacx... Habla el doctor Sacx, llamando a Hkaver... Hkaver, conteste usted, es muy urgente... Conteste Hkaver...

—Le oigo, doctor Sacx. Soy Hkaver. ¿Qué es lo que desea?

Hkaver habló sin moverse del sitio. Era evidente que en alguna parte había un micrófono que recogía fielmente su voz y la transmitía

al lugar de donde procedía la llamada.

—Debe usted internarse en el hospital inmediatamente… Repito, vaya al hospital… La operación de cirugía corporal total a que se sometió ha dejado secuelas perniciosas en su organización celular y es preciso corregirlas cuanto antes.

—Pero, ¿cómo es posible…? —rugió Hkaver—. Doctor, usted me aseguró que…

—Yo le garanticé un mínimo de tiempo sin inconvenientes, pero pasado ese plazo, usted debía someterse a la reconversión de su rostro y su organismo, ya que su corpulencia y estatura originales son distintas de las del terrestre tomado como modelo. Pero usted ha dejado transcurrir el plazo con exceso y si no se le atiende pronto, pueden ocurrirle graves trastornos físicos.

* * *

Las manos de Hkaver temblaron súbitamente.

Toda su arrogancia desapareció en un instante. Sus hombros se hundieron y sus ojos perdieron buena parte de su brillo desafiante.

—Me iré ahora mismo… —balbució.

Y echó a correr.

Pero de pronto, sucedió algo horrible.

Hkaver cayó al suelo, lanzando espumarajos por la boca. Todos sus miembros se agitaban convulsivamente. De cuando en cuando, brotaban horribles chasquidos del interior de su cuerpo.

Los músculos y tendones sufrían fuertes contracciones, ejerciendo tensiones antinaturales sobre los huesos. La mandíbula de Hkaver se torció en una mueca horrible.

Una larga grieta apareció en su cuero cabelludo. Melba volvió la cara a un lado, horripilada por aquella espeluznante visión.

Los dedos de Hkaver se abrían y cerraban con tremendos chasquidos. El marciano moría, simplemente, por contracción total de su organismo.

Se oyó un chasquido, mayor que los demás. Hkaver dejó finalmente de moverse y se quedó quieto, encogido sobre sí mismo, con todos los huesos destrozados por las violentísimas convulsiones de su carne.

Después se produjo una pausa de silencio. El aviso del doctor Sacx había llegado tardíamente.

Pero Hkaver, en su ambición, también había olvidado las recomendaciones del cirujano. Ahora, en su estado natural, aparecía pequeño, feo y arrugado.

Herris creyó comprender uno de los motivos principales, si no el único, de la intolerante actitud del marciano. Su desgracia física le había llevado al extremo de desear un conflicto con los terrestres.

—Las taras no eran sólo físicas, sino mentales —resumió en voz alta los pensamientos de los demás.

Luego miró a Liggton. Gwoll adivinó sus pensamientos.

—Yo me ocuparé de él —dijo—. Afortunadamente, los que piensan como Hkaver son minoría.

Herris asintió. Acto seguido, se dirigió hacia la puerta.

—Hkaver ha muerto —anunció.

Kax, Zett y Malm le miraron sorprendidos primero, furiosos después.

—¡Lo ha matado usted! —acusó Malm.

—No es cierto. ¿Quiere entrar y ver su cadáver?

Por toda respuesta. Malm sacó su paralizador.

Harris se dio prisa a empuñar el suyo. Disparó una fracción de segundo antes de que lo hiciera su adversario.

Un horrible alarido se escapó de los labios de Malm al sentir el infinito calor de la descarga. Instantes después, caía convertido en una apestosa masa de carbón con forma escasamente humana.

Kax y Zett alzaron sus manos.

—No tire —dijo el primero.

—Nos rendimos.

—Está bien. Dejen sus paralizadores en el suelo.

Kax y Zett obedecieron. Gwoll apareció en aquel momento en el umbral de la puerta.

—Digan al jefe de la guardia que retire a sus hombres —ordenó con voz autoritaria—. Los terrestres quedan en libertad.

Sófocles, Awlding y los demás corrieron hacia ellos.

—Estáis libres —anunció Harris.

Se oyó un grito de júbilo general. Inmediatamente, los cautivos se dispersaron en busca de sus familias marcianas.

Sófocles meneó la cabeza.

—Es la aventura más extraordinaria de mi vida —dijo—. ¿Qué va a pasar ahora, capitán?

—Usted volverá a la Tierra. Tiene muchas cosas que contar —dijo Herris.

—Antes me daré una vueltecita por las colonias —sonrió Sófocles —. Hay allí muchos solteros. —Guiñó un ojo maliciosamente—. Haré de agente matrimonial.

—Bastará con que diga que aquí hay chicas jóvenes y bonitas para que los colonos solteros, que son los más, acudan a bandadas. ¿Sabe?, dentro de unos años, Marte tendrá atmósfera perfectamente respirable.

—Una noticia sensacional —murmuró Sófocles.

—No será tan densa como la de la Tierra —intervino el profesor Gwoll—. La presión equivaldrá a la de la atmósfera terrestre a una

altitud de cuatro mil metros, pero será suficiente para permitir la vida, tras un adecuado período de aclimatación para los que vengan desde su planeta. En cuanto a los marcianos, no habrá otro problema que el de habituarse a vivir en el exterior.

—Y las dos razas acabarán fundiéndose en una sola.

—En ello confío —respondió Gwoll llanamente.

Dos planetas, dos mundos, pero una sola raza: la humana, pensó Herris. Sin embargo, con el tiempo, los que viviesen en Marte acabarían sintiéndose tan marcianos como los nativos. ¿Renacerían entonces los nacionalismos, pero llevados a escala planetaria?

Era posible, aunque también cabía pensar con optimismo en el futuro y en la comprensión de las gentes. «Dos mundos distintos, pero con un tronco común: he aquí la base para la unidad definitiva», resumió sus pensamientos.

Luego miró a Melba.

Melba le miró a él y sonrió.

* * *

Se paseaban libremente por la ciudad.

Algunos de los terrestres cautivos se paseaban también con sus familias. Parecían contentos y dichosos.

Se encontraron con Awlding, su esposa marciana y cuatro preciosos chiquillos, el menor de ellos de seis o siete meses de edad.

—Están deseando conocer la Tierra —dijo Awlding, satisfecho.

—Pero volverás aquí —supuso Herris.

—Sí. Marte es mi nuevo país —contestó Awlding con ojos brillantes, esperanzados en su futuro.

Melba y Herris continuaron su camino.

—Una labor inteligente la del profesor Gwoll —dijo él a poco.

—En efecto. Treinta años en la Tierra, aprendiendo todo, y diez aquí, realizando el experimento más sensacional de todos los tiempos. Los marcianos sobreviviremos, Mark.

—Así lo espero, Melba. Terrestres y marcianos vivimos en civilizaciones distintas, pero en modo alguno antagónicas. Todos tenemos que aprender mucho, los unos de los otros.

—Y un día esas dos civilizaciones se fundirán en una sola.

—Es nuestro destino inexorable. Melba, ¿por qué no iniciamos tú y yo nuestra pequeña parte de ese trabajo?

Ella le miró maliciosamente.

—¿Estás pidiéndome que me case contigo?

—¿Hay en Marte alguna costumbre especial para este género de actos?

—No, ninguno. Cuando dos personas de distinto sexo se sienten

mutuamente atraídas, se lo comunican y…

—Y se casan.

—Justamente.

Un hombre se acercó en aquel momento a la pareja.

—Perdón —dijo—. He oído estos días muchas cosas acerca de los extranjeros… ¿Es usted un terrestre?

Herris fijó los ojos en la muchacha. Luego se echó a reír.

—No, amigo; ya soy un marciano.

FIN